

LIBRO DE BIBLIOTECA

MUEL P. DELGADO

TRATADO DE MATEMÁTICAS



COMPRAS

DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO

11

LIBRARY OF THE

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

BERKELEY, CALIF. 94720



1968

Segunda parte

LA RUEDA DE LA FORTUNA,

SEGUNDA PARTE.

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

DE

DON TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ.

*Estrenada en el teatro del Principe el día
9 de enero de 1845, a beneficio de Matilde Díez*



MADRID.

IMPRESA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Enero de 1845.

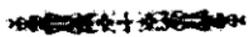
PERSONAS.

ACTORES.

LA MARQUESA DE TORRECUSO.	Sra. D. ^a Matilde Díez.
DOÑA INÉS DE SANDOVAL.	Sra. D. ^a Plácida Tablares
EL MARQUÉS DE LA ENSENADA.	Sr. D. Carlos Latorre.
DON RICARDO VAL.	Sr. D. Pedro Lopez.
MAURICIO.	Sr. D. Juan Lombardia.
MISTER KEEN, embajador de } <i>Inglaterra.</i>	Sr. D. Pedro Sobrado.
EL DUQUE DE DURAS, <i>idem de</i> } <i>Francia.</i>	Sr. D. Francisco Aznar.
OSORIO.	Sr. D. Vicente Calladuzor.
QUIÑONES.	
INCLAN.	
GUTIERBEZ.	
UN CAPITAN.	
UN PORTERO DE ESTRADOS.	
DAMAS, CORTESANOS Y PAGES.	

Año de 1754.

La accion principia al oscurecer.



Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1857, y la de 16 de Abril de 1859, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

A MI MUY QUERIDO AMIGO

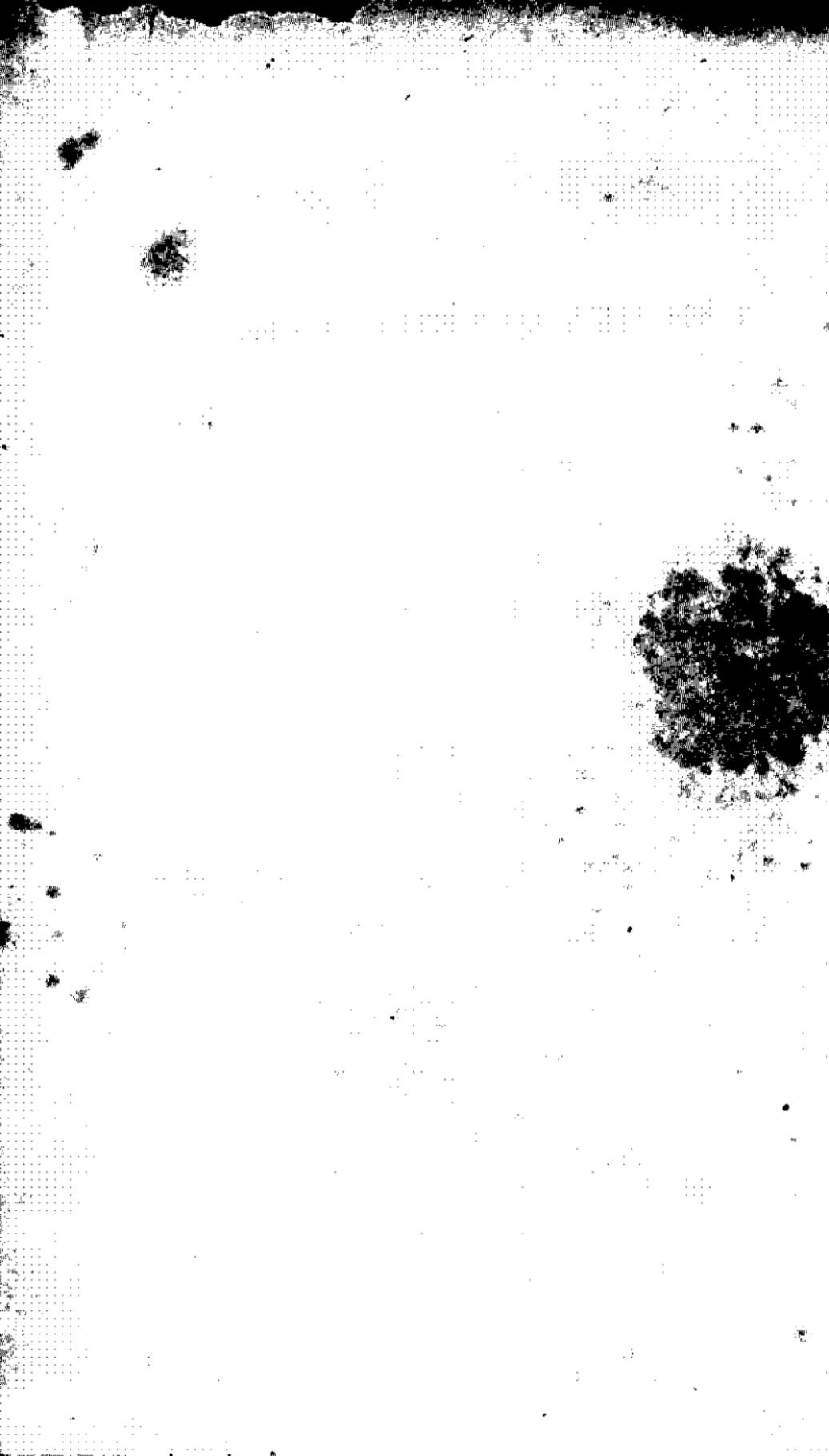
el Doctor en Jurisprudencia

DON JOSÉ GÜELL Y RENTÉ,

COMO UNA MEMORIA

DEL FRATERNAL CARIÑO QUE LE PROFESA

TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ.





Acto primero.

Ante-cámara en el palacio real: á la izquierda la cámara del rey, á la derecha la de la reina: una espaciosa galería en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

DON RICARDO. MISTER KEEN.

KEEN. Señor don Ricardo, tal de orgullo lo encontrareis, que apenas conoceréis á vuestro antiguo rival.

RICARDO. ¿De veras?

KEEN. Como os lo digo. Ya lo vereis mas despacio: no le ha quedado en palacio por su altivez, ni un amigo.

RICARDO. Kin, aqui para los dos: ¿por su altivez solo?

KEEN. Si.

RICARDO. ¿Y á vos... no debe...

KEEN. No; á mi... casi lo mismo que á vos.

RICARDO. ¡Siempre igual! nadie os engaña: apuntais lo que conviene...

KEEN. ¡Oh! ya sabe lo que tiene aqui en vos la Gran Bretaña. Gracias... huyo los reveses... las tempestades conjuro...

y representar procuro
con lealtad sus intereses.
Cuál trabajo en la campaña
por demas habreis sabido
vos, que en Londres habeis sido
representante de España.

RICARDO. Si, si; y en este momento,
por los servicios prestados,
estan de vos muy pagados
gabinete y parlamento.

KEEN. En eso tambien los dos,
señor don Ricardo Val,
tenemos fortuna igual.

RICARDO. ¿Seguro estais?

KEEN. Como vos.

RICARDO. No sé lo que en esta tierra...

KEEN. ¡Oh! venis muy reservado.

Bien mostrais que habeis estado
de ministro en Inglaterra.

RICARDO. Os juro que no he sabido...

KEEN. Don Ricardo, no os canseis:

¿por ventura pretendéis
que os regalen el oido?

Bien podeis imaginar
que yo, aunque escaso de ciencia,
por costumbre y esperiencia
el tiempo sé aprovechar.

Debeis no olvidar tambien
que estoy tal cual iniciado
en los secretos de Estado,
y que los guardo muy bien.

Sé que á vos en esta lid,
de que hemos sido testigos,
os llaman vuestros amigos
á la corte de Madrid.

Porque el de Ensenada está
sin crédito ya, y á vos
os señalan mas de dos
como sucesor...

RICARDO. ¡Ja! ¡ja...!

no creais esas patrañas:
nadie se acuerda de mi...

ni yo vengo a ser aquí
ministro de las Españas.
Que aunque el peso de los años
aun no me abruma bastante,
ya recogí una abundante
cosecha de desengaños.
He dejado la Inglaterra
por mi salud quebrantada;
pero lo que es a Ensenada
no pretendo hacer la guerra.
El clima aquel, os lo juro,
me es fatal... vuelvo a mis lares.

KEEN.

A orillas del Manzanares
mejor os irá... ¡seguro!

RICARDO.

Lo espero así.

KEEN.

Y esperais
con fundamento.

RICARDO.

Veremos...

KEEN.

¡Oh...! todos procuraremos
que la salud consigais.

RICARDO.

No deis tormento al sentido
de mis palabras por cuanto
mas aprecies.

KEEN.

Otro tanto,
señor don Ricardo, os pido.

RICARDO.

En cuanto a mí, yo no os puedo
hablar con mas sencillez.

KEEN.

Ni yo en punto a caudidez
ahora tampoco os cedo.

RICARDO.

Bien está.

KEEN.

¡Con que es decir,
que aunque os doy estos avisos
vos no aceptais compromisos...
allá para el porvenir...?

RICARDO.

Es que habeis dado en soñar,
mister Kin, de una manera...
¿no veis que todo es quimera...?

KEEN.

Ved que eso no es contestar.

RICARDO.

Y que ha de hacer el que ignora...

KEEN.

Vamos claros, don Ricardo,
un sí ó un no es lo que aguardo,
y de que lo deis ya es hora:

- tal vez llegará á caer
 el orgulloso Ensenada...
 dejadme á mí la jugada:
 vos ¿le querreis suceder?
 Si aceptais, ni una exigencia
 de parte mia tendreis,
 y en el poder obrareis
 con entera independendencia.
 Si, con toda libertad,
 con tal, y esto es lo mas grave,
 de que para siempre acabe
 tan larga neutralidad.
 Pues, perdonad que os lo diga,
 ser quiere la Gran Bretaña
 ó estrecha amiga de España,
 ó su implacable enemiga.
 Mirad bien si esto es hablar,
 don Ricardo, con llaneza.
 ¿Podré, con igual franqueza,
 de vos respuesta esperar?
- RICARDO. Asunto grave es á fe,
 y que me abruma, os confieso,
 la enormidad de su peso...
- KEEN. Mister Kin, lo pensaré.
 Sea pronto si os parece:
 hay mucho que trabajar,
 y la precision de obrar
 á cada momento crece.
 Pensad bien que la marquesa
 hoy por demas enojada
 está con el de Ensenada,
 y en su daño se interesa.
- RICARDO. ¡Ah...! pues entonces se hundió...
- KEEN. No hay mucho que confiar:
 ¿habeis llegado á olvidar
 que el de Ensenada enviudó?
- RICARDO. Sí; pero nuevos amores
 esclavizan su albedrio...
- KEEN. Pues bien: con ellos confio
 hacer de esta vez primores.
- RICARDO. Y los hareis con acierto,
 porque sois capaz de todo.

KEEN. Allá veremos el modo...
(Señalando á la cámara de la reina.)
 ¿no entráis á oír el concierto?

RICARDO. Antes quiero saludar
 al rey: despues...

KEEN. En buen hora.

RICARDO. Oiré á Farinelli.

KEEN. Ahora
 tal vez principia á cantar.

RICARDO. Pues voy á ver si procturo...
 ¿renunciáis á oírle vos?

KEEN. No tardaré...

RICARDO. Bien, á Dios.

KEEN. A Dios, ministro futuro.

RICARDO. Nada sé, ni he dicho nada.

KEEN. Teneis razon.

RICARDO. Adelante.

KEEN. *(Callando has dicho bastante.)*
 ¡La que te espera, Ensenada!

RICARDO. *(Entra en la cámara del rey.)*

ESCENA II.

KEEN.

En popa el negocio va.
 Este ha sido un gran registro...
 ¡Ob...! con tal de ser ministro
 por todo atropellará.
 Aunque ocultarla procura,
 su ambicion es estremada;
 y no tiene de Ensenada
 el talento y travesura.
 Ensenada... ¡hombre fatal!
 ¿tú ignoras que la Inglaterra
 le ha declarado la guerra
 á tu poder colosal?
 Veremos en conclusion
 si con los esfuerzos mios
 se construyen mas navios
 en esta rica nacion.
 Preténdase dominar

en hora buena por tierra;
 mas... dejen á la Inglaterra
 el dominio de la mar.
 Esto será lo mejor:
 un fiel igual se desea,
 y si se inclina... que sea
 un poco á nuestro favor.
 Pero la marquesa allí...
 tan sola... ¿pues dónde andaba?
 que hace dos horas que estaba
 en la cámara crei.

ESCENA III.

LA MARQUESA. KEEN.

KEEN. Marquesa, que el cielo os guarde.
 MARQUESA. A Dios, Kin.
 KEEN. ¿Cómo, señora,
 os dejais ver á una hora
 tan avanzada?
 MARQUESA. No es tarde.
 KEEN. Si tal: para el que os profesa
 desde hace tiempo en verdad
 respetuosa amistad,
 nunca es temprano, marquesa.
 MARQUESA. Muy bien, Kin, por mi vida.
 ¿os amaga algun fracaso?
 KEEN. ¿Por que?
 MARQUESA. ¡Me salis al paso
 con tanta galanteria...
 KEEN. Siempre, aunque en esta ocasion
 lo deis, señora, al olvido,
 con justicia os he rendido
 respeto y admiracion.
 Hay quien dice á mi despecho
 que lleva el sencillo Kin
 en todo segundo fin...
 MARQUESA. Y que lo acierta sospecho.
 KEEN. No, marquesa, ¡por piedad!
 bien os consta lo que digo,
 y dar no podeis abrigo

á tanta vulgaridad.

MARQUESA. Eso, Kin, no os dé cuidado:
vivid tranquilo por Dios,
que yo, respecto de vos,
mi opinion ya he formulado.

KEEN. Y ¿cuál es, marquesa hermosa?

MARQUESA. La misma del vulgo necio:
como hombre fino, os aprecio,
como inglés... ya es otra cosa.

KEEN. Hay que perder la esperanza;
lo habeis dicho, y bien se ve...
Señora, ¿nunca podré
ganar vuestra confianza?

MARQUESA. Jamas, aunque nada valgo,
la llegareis á alcanzar.

KEEN. ¿Ni aun como particular?

MARQUESA. ¡Ah...! eso sí.

KEEN. Vamos, ya es algo.

MARQUESA. Bien poco, por vida mia;
mi amistad no vale nada.

KEEN. No tal, digalo Ensenada;
hoy sin ella ¿qué sería?

MARQUESA. ¿A qué recordais ahora
esas memorias que huyeron
y en el olvido se hundieron?

KEEN. Cierto; perdonad, señora,
si alteré vuestra quietud:
hablaros no debí yo
del que con vos se portó
con tan negra ingratitud.

MARQUESA. ¡Ingratitud! no consiento
que calumnieis á Ensenada.
A mi no me debe nada.

KEEN. Pues ¿á quién?

MARQUESA. A su talento.

KEEN. Al vuestro direis mejor.

MARQUESA. ¿Otra vez volveis á mi?

KEEN. ¿Qué quereis? todos aqui...

MARQUESA. A otra cosa, embajador.

KEEN. Si lo pedis tan formal,
lo hare, aunque no de buen grado.

MARQUESA. ¿Con que dicen que ha llegado

- KEEN. à España Ricardo Val?
 MARQUESA. ¿A España?
 KEEN. ¡Qué...! ¿no llegó?
 MARQUESA. ¿Que eso vos me preguntéis?
 KEEN. ¿Por qué?
 Porque vos debeis
 saberlo mejor que yo.
 MARQUESA. Cuidado que usais aqui
 hoy por demas la ironia.
 KEEN. Marquesa, no es culpa mia,
 la da el asunto de si.
 Y la razon facil es:
 por Val me habeis preguntado,
 cuando dicen que ya ha estado
 à ponerse à vuestros pies.
 MARQUESA. Pues han mentido.
 KEEN. ¿Si? ¡ah!
 no fue mi objeto ofenderos...
 ya sabeis que de embusteros
 plagada la corte está.
 MARQUESA. En todos tiempos y edades
 hubo gente embaucadora...
 KEEN. Muy cierto, si; ¡pero ahora
 dicen tantas necedades...!
 MARQUESA. ¿Mas, dicen?
 KEEN. ¡Vaya! no es nada.
 MARQUESA. Explicaos, por vuestra vida.
 KEEN. No... dicen que resentida
 estais con el de Ensenada,
 y ya en don Ricardo Val...
 oid si deliran bien,
 vuestros cortesanos ven
 un venturoso rival.
 MARQUESA. Quien sabe si el soberano...
 bien puede mediante Dios...
 KEEN. Además, cuentan de vos
 que le honrais con vuestra mano...
 MARQUESA. ¿A quién, al marqués?
 KEEN. No, à Val.
 El marqués de vos se aleja,
 pues ya sabreis que festeja
 a doña Inés Sandoval.

MARQUESA. Festéjela en muy buen hora ;
es linda , alabo su gusto.

KEEN. Que asi lo digais es justo ;
pero... à la verdad , señora ,
al romper vuestra alianza
con él en esta ocasion ,
¿no dais en el corazon
abrigo à alguna venganza ?

MARQUESA. Pero à vos ¿quién os ha dicho
que estoy enojada , quién ?
A doña Inés ama... bien ,
respetemos su capricho.
Jamás hubo entre los dos
alianza mas cumplida :
no hay nada que nos divida...
y esto bien lo sabeis vos.

KEEN. ¿Y qué sabemos , señora ,
lo que puede acontecer ?

MARQUESA. Nada atrás me hará volver.

KEEN. No opino con vos , señora.
Vos le habeis de derribar.

MARQUESA. No falta quien lo desea ;
pero mientras bueno sea ,
las riendas ha de empuñar.
Que aqui , señor estrangero ,
como ya pudisteis ver ,
entre el amor y el deber ,
el deber es lo primero.

KEEN. Reparad que ha sido broma
cuando os dije... yo no dudo
que le servireis de escudo...
mas... ¿no es él el que alli asoma ?

*(Aparecen por el fondo doña Inés dando el brazo à otra
señora , y conversando con el marqués de la Enseña-
da : seguidos de damas y caballeros que lentamente se
dirigen à la cámara de la reina.)*

ESCENA IV.

LÀ MARQUESA. KEEN. DOÑA INÉS. ENSENADA. DAMAS. CABA-
LLEROS.

MARQUESA. Si .. sí... (¡Atrevimiento igual!)

- KEEN. Ved lo que os dije há un instante...
(Deja caer doña Inés el ramillete que trae en la mano, y Ensenada lo recoge y se lo presenta.)
 Por Dios que viene galante
 con doña Inés Sandoval.
- MARQUESA. Hace bien... es su elemento...
- KEEN. Vuestra bondad es inmensa.
- INES. *(Arrancando una flor del ramillete, y dándosela á Ensenada.)*
 ¡Oh! mereceis recompensa.
- ENSENADA. ¿Y qué es ello?
- INES. Un pensamiento.
- KEEN. ¡Ah, señora! ese marqués
 os hace daño.
- MARQUESA. ¡Locurá!
- KEEN. *(Al oído á la marquesa.)*
 No me parece que dura
 en el ministerio un mes.
(Vase por el fondo.)
- MARQUESA. Tanto puede la balanza
 inclinar de mi paciencia,
 que haga trocar la clemencia
 en implacable venganza.
- (Las damas y caballeros han entrado en la cámara de la reina, menos doña Inés y Ensenada, que se han quedado á la puerta.)*
- INES. ¡Qué! ¿nos dejais?
- ENSENADA. Perdonad.
 Seguiros siempre es mi ley;
 mas... tengo que ver al rey...
- INES. Cumplid con su magestad;
 pero no tardeis, marqués.
- ENSENADA. Yo en ello gano, señora.
- INES. ¿Vendreis?
- ENSENADA. Antes de una hora
 me tendreis á vuestros pies.

ESCENA V.

LA MARQUESA. ENSENADA.

MARQUESA. Por cierto me maravilla

que vos por un pensamiento
os mostreis tan desatento
conmigo, Somodevilla.

ENSENADA. ¡Que yo desatento fui
con vos... perdonad si dudo...

MARQUESA. No os he debido un saludo
desde que entrasteis aquí.

ENSENADA. Verdad que en esta ocasion
no sé cómo... distraído...
pero en ello no ha tenido
parte alguna la intencion.

MARQUESA. Señor marqués, será así;
mas recordad que hubo un día
en que nada os distraía...
si se trataba de mí.
Cumpliais vos mis antojos
con notable exactitud,
y en medio la multitud
me buscaban vuestros ojos.
Pero ahora, á la verdad,
que, ó encontrarme no quereis...
ó por Dios que os distraeis
con harta facilidad.

ENSENADA. Grandes serán mis errores,
ó muy enojada estais,
cuando así en rostro me echais
vuestros antiguos favores.
Pero vos debeis saber
que al que con tanto rigor
le recuerdan un favor
le eximen de agradecer.

MARQUESA. No busco en vos gratitud,
Ensenada, os engañais:
sé muy bien que no abrigais
en el alma esa virtud.
Solo mi labio os reclama
atencion, urbanidad...
sino por mi calidad,
á lo menos por ser dama.

ENSENADA. No es eso, aunque bien quisiera
equivocarme.

MARQUESA. ¿Dudais?

- ENSENADA. Si, que hace tiempo que estais conmigo injusta y severa.
- MARQUESA. ¿Injusta con vos, marqués? por cierto podeis quejarnos, cuando no es posible hallaros sin hallar á doña Inés. Vos habeis sido, en verdad, el que jamas satisfizo...
- ENSENADA. Marquesa, yo no esclavizo por nada mi voluntad. Libre soy, lo sabeis bien, en el consejo de Estado, y soy como hombre privado, señora, libre tambien.
- MARQUESA. Es verdad, teneis razon; y os aseguro, Ensenada, que mucho oiros me agrada tan ingenua confesion.
- ENSENADA. Algo de veneno encierra lo que decis.
- MARQUESA. ¡Ps! tal cual.
- ENSENADA. Entonces esto es igual á un rompimiento de guerra.
- MARQUESA. Parece que con estremo lo estais anhelando ahora.
- ENSENADA. ¿Anhelarlo? no señora; ni lo busco... ni lo temo.
- MARQUESA. Pues sea...
- ENSENADA. Bien, ¿por qué no? principie, pues lo quereis; pero mirad lo que haceis, que soy el mas fuerte yo. Y no quisiera... os lo fio, que á vos, la perla de España, os llevara á tierra estraña tan desigual desafio.
- MARQUESA. ¿Me amenazais ya?
- ENSENADA. No, no... os prevengo...
- MARQUESA. A no dudar, bien os sabrá derribar la misma que os elevó.

- ENSENADA. Pasaron aquellos días.
- MARQUESA. Otros vendrán... ¿qué sabéis?
- ENSENADA. Tal será que os empeñéis...
- MARQUESA. Dejémonos de ironías.
Hace un rato que esa flor
lozana visteis ufano :
vedla ahora en vuestra mano
marchita ya y sin color.
Tal vez lo mismo suceda
con vuestro inmenso poder.
- ENSENADA. Es que yo flor no he de ser,
à lo menos mientras pueda.
Y en esta lucha tan doble
no compareis à Ensenada
con una flor delicada,
sino con el fuerte roble.
- MARQUESA. Tambien en su cruda saña
despues de largos afanes
arrancan los huracanes
al roble de la montaña.
- ENSENADA. Os las prometéis felices ;
pero os advierto de paso,
marquesa, que por si acaso,
eché profundas raíces.
- MARQUESA. Bien: al tiempo lo dejad.
- ENSENADA. Obedeceros es ley.
- MARQUESA. ¿Y no entráis a ver al rey?
- ENSENADA. Perdone su magestad ;
que à estas horas al marqués
ya lo esperan...
- MARQUESA. Caballero...
¿ en vos la dama es primero...
¿ venturosa doña Inés !
¿ Oh... ! no os hagais esperar :
no tardeis, que el tiempo avanza,
y acaso con la tardanza
la pudierais enojar.
Señor marqués, id en pós...
- ENSENADA. Bien, iré, marquesa bella,
mas que por ir junto à ella,
por complaceros à vos.
- MARQUESA. Que premie vuestros desvelos.

- ENSENADA. Que el cielo os oiga y os guarde.
 MARQUESA. *(Dirigiéndose á la cámara del rey.)*
(Lo sentirás... pero tarde.)
 ENSENADA. *(Entrando en la de la reina.)*
(Poca cosa, nada... ¡celos!)

ESCENA VI.

KEEN.

¡Magnífico! se juraron
 uno y otro guerra á muerte,
 y ya de los dos ninguno
 el paso atrás volver puede.
 Herida está la cuestion
 en el punto que conviene,
 y el fruto recogeremos
 del afan de tantos meses.
 Vamos, en tanto que allí
 el ministro se divierte,
 á irritar de la marquesa
 los celos impertinentes.
 ¡Ah, Ensenada! te faltó
 hoy la astucia de otras veces,
 pues perdiendo á la marquesa
 no has notado que te pierdes.
*(Va á dirigirse á la cámara del rey, y se detiene al
 ver entrar á Mauricio, que se adelanta por el fondo.)*

ESCENA VII.

MAURICIO. KEEN.

- KEEN. Mas... ¿quién se acerca...? Ese hombre
 no es de la corte... ¿qué quiere...
 ó qué se le habrá perdido
 en la mansion de los reyes?
 MAURICIO. Dios os guarde, caballero.
 KEEN. Y á vos, buen hombre. Parece
 que en busca venis de alguno...
 MAURICIO. Si vengo.
 KEEN. ¿Puede saberse

del que buscando venis
el nombre?

MAURICIO.

Vaya si puede.

Y os lo diré, porque vos
debeis tambien conocerle:
tres dias hace que voy
detras de él como un cohete
despues de haber caminado
cien leguas...

KEEN.

¿De dónde viene?

MAURICIO.

De la Rioja.

KEEN.

Buen pais.

MAURICIO.

Mucho, señor; mejor que este.
Si alli buskais á cualquiera
no haya miedo que se niegue,
porque á todo lo que ocurre
la cara alli damos siempre.
Pero... ¿aqui? ya es otra cosa:
¡cuidado si hay perendengues...

KEEN.

Aun no me habeis dicho el nombre...

MAURICIO.

Pues nada de extraño tiene,
porque estoy muy amoscado
con el que lo lleva... ¿entiende?

KEEN.

Hombre, aunque fuera el ministro...

MAURICIO.

Pues, el ministro; ese, ese.

KEEN.

¿Calle...! ¿buskais á Ensenada?

MAURICIO.

Pero cómo, de tal suerte,
que ¡por Dios...! no he de parar
hasta hablarle frente á frente.

¡Buenas cosas ha de oír,
aunque la trampa me lleve!

KEEN.

(Este es algun descontento...
nos viene perfectamente.)

Pues ya podeis renunciar
á vuestro intento de verle.

MAURICIO.

¿Por qué?

KEEN.

Ensenada no es hombre
á quien se ve facilmente...
á no ser que se le busque
en medio de los placeres...

MAURICIO.

¿Con que tambien por aqui
en mala opinion le tienen?

- KEEN. ¿Por aquí? bien se conoce que lejos vos del torrento cortesano... allá en la Rioja ignorais lo que sucede. Aquí ha perdido ya el crédito: ambicioso, inconsecuente, no tiene ningun prestigio en la corte ni en la plebe. Por seguir un galanteo, los negocios desatiende... y aun se dice que de Francia apoya los intereses...
- MAURICIO. ¡Voto á brios!! y ¿no hay aquí una voz que le aconseje, ni un hombre que le hable claro, y al buen camino le lleve?
- KEEN. No faltan; pero hasta ahora ninguno quiso atreverse...
- MAURICIO. Pues ya vereis como yo sin andarme con ribetes le digo lo que hace al caso.
- KEEN. ¿Vos!
- MAURICIO. ¿Pues no... donde le encuentre.
- KEEN. ¿Y si es aquí?
- MAURICIO. ¿Qué le hace? no me asusta á mi la gente. Cuanta mas haya, mejor... lograré que se avergüence. (Este hombre es una alhaja, y es fuerza que yo aproveche...)
- KEEN. ¿Quereis esta misma noche hablarle?
- MAURICIO. ¿Dudarlo puede?
- KEEN. (Señalando á la cámara de la reina.) Pues por allí ha de salir.
- MAURICIO. ¿Por allí?
- KEEN. Si, porque en breve el concierto concluirá...
- MAURICIO. ¡Oh...! ¿ahora se entretiene con la música?
- KEEN. Así es.—
- MAURICIO. Y así anda ello.

Sin embargo, ese rapaz
de mis consejos se olvida...
y el que su tierra no cuida,
de todo será capaz.
Veremos: yo he de vencerle,
y hasta hablarle no descanso;
mas de esperarle me canso
y estoy por entrar á verle.
¿Por qué no? ya no hay aguante...
tres días há que en un puesto
estoy sin moverme... y esto
para mi genio es bastante.
Allá voy... pero á salir
principian... ¡Dios sea loado!
pongámonos a este lado
y estemos á ver venir.

(Se coloca á la izquierda, y salen de la cámara de la reina, sin reparar en él, Osorio, Quiñones, Inclán y algunos cortesanos.)

ESCENA IX.

MAURICIO. OSORIO. QUIÑONES. INCLAN. CABALLEROS.

QUIÑONES. Jamas en Madrid se ha oido
un canto que mas asombre.
INCLAN. Farinelli es un gran hombre.
OSORIO. ¡Qué voz!
QUIÑONES. ¡Mucho...! se ha lucido.
OSORIO. No ha sido él solo.
QUIÑONES. Asi es.
INCLAN. ¿Pues cómo...? yo no he notado...
OSORIO. Hombre, ¿no habeis observado
al opulento marqués?
INCLAN. ¡Ah...! ya... si, por otro estilo...
OSORIO. Con las damas...
INCLAN. Es verdad.
QUIÑONES. Y hasta la reina...
INCLAN. }
OSORIO. }
QUIÑONES. }
INCLAN. }
OSORIO. }
QUIÑONES. }
INCLAN. }
QUIÑONES. }
QUIÑONES. Bien puede vivir tranquilo.
INCLAN. Hace bien; no se descuida.
QUIÑONES. Mucho prestigio atesora.

- OSORIO. Con efecto; por ahora
no es de temer su caída.
- QUIÑONES. A mi... el cielo me confunda
si el ministro no me agrada.
- INCLAN. Pues... ¿y a mi? no digo nada.
- OSORIO. ¡Oh! y a mi... (hasta que se hunda.)
- QUIÑONES. Tiene un genio tan marcial,
que yo no puedo en conciencia...
me ha ofrecido una tenencia
en la marina real.
- OSORIO. Pues a mi, de una embajada
me da la secretaria...
- INCLAN. A mi no...
- MAURICIO. ¿Está todavía
dentro el marqués de Ensenada?
- OSORIO. ¿Qué...! ¿venís de pretension?
volved mañana, buen viejo;
porque ahora, os lo aconsejo,
no es la mejor ocasión.
- MAURICIO. Nada le vengo a pedir;
antes bien le vengo a dar...
ved lo que tiene el charlar
no mas que así... por decir.
- OSORIO. Amigo, no te acalores...
¿qué insolente es la vejez!
¿viene a darle tal vez
algun billete de amores?
- MAURICIO. *(Le contempla con altivez breves momentos,
y le vuelve la espalda diciendo para sí:)*
Téngame Dios de su mano,
porque voy a hacer si no...
¿Qué os ha dicho?
- INCLAN. ¿Qué os ha dicho?
- OSORIO. Qué sé yo...
atrevido es el villano.
(Sale Keen de la cámara del rey.)

ESCENA X.

MAURICIO. KEEN. OSORIO. QUIÑONES. INCLAN. CABALLEROS.

KEEN. ¿Le visteis?

MAURICIO. No.

KEEN.

Ya saldrá.

MAURICIO.

Un siglo tarda.

KEEN.

¡Valor...!

QUIÑONES.

¡Chut...! con el embajador
inglés, habla...

INCLAN.

¿Quién será!

KEEN.

(Señalando hácia la cámara de la reina.)

¿No os lo dije...? vedle allí.

MAURICIO.

Gracias á Dios, no me pesa...

KEEN.

(Mirando á la cámara del rey.)¡Oh...! ¡y qué á tiempo...! la marquesa
con su rival por aquí.)

(Salen por la derecha damas y cortesanos, que lentamente van retirándose por el fondo: detras Ensenada dando el brazo á doña Inés Sandoval, al propio tiempo que por la izquierda y en la misma forma sale la marquesa con don Ricardo Val, quienes sin reparar en los que estan en la escena, desaparecen por el fondo.)

ESCENA XI.

LA MARQUESA. DON RICARDO. ENSENADA. DOÑA INÉS. MAURICIO. KEEN. OSORIO. QUIÑONES. INCLAN. DAMAS. CABALLEROS.

RICARDO.

La enhorabuena me doy.

MARQUESA.

¿Por qué, si el favor no es tal...

ENSENADA.

(Deteniendo el paso.)

¡Calle...! la marquesa y Val...

RICARDO.

Creedme...

MARQUESA.

¡Ja...! ¡ja...! ya estoy...

(Siguen aparte, y salen por el fondo.)

KEEN.

(A Mauricio.)

Vedle... aquel es Ensenada.

MAURICIO.

Si señor, ya sé quién es.

INÉS.

¿Por qué os deteneis, marques?

ENSENADA.

Perdonadme, Inés, por nada.

KEEN.

(A Mauricio.)

Aprovechad la ocasion.

ENSENADA.

¿Vamos...? no se... me distraje...

¿no os parece un lindo traje...

MAURICIO.

(Acercándose.)

Buenas noches, don Zenon.

ENSENADA. ¡Cielos...! ¿qué llevo a mirar?
¡Señor...! ¿aquí vos?

MAURICIO. Aquí.

ENSENADA. Dadme un abrazo...

MAURICIO. Alto ahí.

Tenemos antes que hablar.

¡Un abrazo!

OSORIO.

INCLAN.

ENSENADA.

Permitid que lleve al coche
a esta dama...

INES.

MAURICIO.

No...
La noche
es bien larga: ¿por qué no?
Hasta el coche... bueno, sea;
llévala; pero despues
audiencia larga, marqués,
has de darme.

QUIÑONES.

ENSENADA.

MAURICIO.

Y ¡le tutea!!
Cuanto queráis.

Me da grima...
ha tres dias que he venido,
y hasta ahora no he podido
echarte la vista encima.

ENSENADA.

MAURICIO.

ENSENADA.

¡Es posible...!
Es la verdad.

Con toda el alma lo siento...

Venid a casa al momento...

(Llevándose a doña Inés.)

Es mi padre... perdonad.

ESCENA XII.

MAURICIO. KEEN. OSORIO. QUIÑONES. INCLAN. CABALLEROS.

KEEN.

MAURICIO.

Hidalgo, ¿y era eso todo?

Os tomáis mucho interes...

¿qué os importa que al marqués
le hable de este ó de otro modo?

KEEN.

¡Oh...! mi interes es muy vago:
yo por mi nada os exijo...

MAURICIO.

Señor extranjero, es mi hijo;
y sé bien lo que me hago.

Ya nos veremos las caras ;
pero en tanto ¡ voto á brios !
no os vengais a meter vos
en camisa de once varas.

KEEN.
MAURICIO.

Pero... ¡ atended... !
(Dando algunos pasos para salir.)

No en mis dias,
que ya aburrido me tienen
los que aqui...

(Se detiene delante de los cortesanos, que le saludan con
la mayor atencion y respeto.)

¡ Vaya... ! ¡ á qué vienen

ahora esas cortesias ?

OSORIO.

Queremos asegurar
de nuestra fina atencion...

MAURICIO.

Venis en mala ocasion ;
caballeros, no há lugar.
No gusto de adulaciones.
Lo que llegasteis á hacer
¡ lo pretendéis componer
con gestos y contorsiones ?
¡ Caballero... !

OSORIO.

MAURICIO.

Mas que vos,
eso sí, de ello me precio...
y por lo mismo os desprecio.

OSORIO.

MAURICIO.

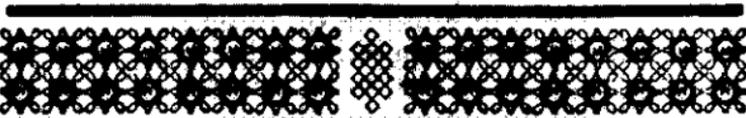
Nos insultais, ¡ vive Dios !
¡ Toma... ! pues ¡ qué duda os queda ?
la justicia siempre ha sido
mi norte : me hais ofendido,
y os pago en igual moneda.
Y basta ya, hombres reacios :
abrid paso, que es razon...

(Pasando por en medio de ellos, y mirándolos con des-
precio.)

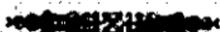
¡ Hum... ! no teneis corazon,
polilla de los palacios.

(Movimiento de ira en los cortesanos : Mauricio sale por
el fondo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Acto segundo.



Habitacion en la casa del marqués de la Ensenada. A la derecha una puerta secreta: á la izquierda la de su alcoba. En lugar conveniente la mesa del despacho: cubren las paredes del aposento cuadros que representan todos los buques de la Armada española: sobre otra mesa una esfera armilar, cartas geográficas é instrumentos de geometría.

ESCENA PRIMERA.

GUTIERREZ, saliendo con luces que coloca sobre la mesa del despacho.

Bueno será que pongamos
las luces sobre la mesa,
por si luego se le antoja
trabajar á su excelencia.
Son las nueve... aun es temprano;
para la vida que lleva,
tal vez en toda la noche...
mas, sin embargo, pudiera
hallarnos desprevenidos...
¡Nada, Gutierrez, alerta!
En un pie como las grullas,
que no siempre se presentan
amos ministros, que paguen
con tanta magnificencia.

¡Oh...! y lo que es yo, sostendré
 el pabellón mientras pueda...
 ¡Digo...! ¿es poco hacerse rico
 sin que ninguno lo advierta?
 Este oficio es una mina,
 y ya le encontré la veta.
 ¡Y el cariño y atención
 con que siempre me rodean
 los pretendientes...? allí
 quisiera yo que me vieran
 los infelices hidalgos
 señores allá en mi tierra.
 ¡Oh...! ¡qué envidia les daría
 si en esa antesala regia
 me vieran tan estirado
 cuando salgo á dar audiencia!
 Hábitos, cruces y bandas...
 ¡con cuánto amor me festejan!
 — Señor Gutierrez, tomad,
 entregadle á su escloncia
 este memorial... — Veremos. —
 — Ahí va ese recuerdo... — Venga :
 se le entregará esta noche... —
 — Señor Gutierrez, quisiera
 hablar al señor marqués... —
 — ¡Imposible...! — Me interesa...
 ahí va de mi gratitud
 esa anticipada muestra...
 (*Fingiendo que se embolsa algo.*)
 — Se le pasará recado :
 entrareis... tened paciencia...
 — Y ¿qué tal, señor Gutierrez,
 va mi negocio? — Navega...
 — ¡Hablasteis al oficial...
 — Le hablé. — Vaya, en recompensa...
 (*Vuelve á embolsar.*)
 — Mil gracias... ¡Oh...! ¡qué antesala!
 ¡canongía como ella!
 ¡No suelto yo á dos tirones
 tan esquisita prebenda! —
 (*Sale la marquesa envuelta en un manto por la puerta se-
 creta.*)

ESCENA II.

LA MARQUESA. GUTIERREZ.

- MARQUESA. (Aun no ha venido.) ¿Gutierrez...?
- GUTIERREZ. ¡Ah! ¿quién...? ¿Señora marquesa!
¿vos por ahí?
- MARQUESA. ¿Qué...! ¿te admiras?
no es esta la vez primera...
- GUTIERREZ. Sí... mas como en tanto tiempo
no se ha dignado vucceveia
venir a honrar esta casa...
- MARQUESA. Hubo razones inmensas
que á proceder me obligaron,
Gutierrez, de tal manera.
Pero hoy ya cesaron todas...
- GUTIERREZ. Mucho, señora, celebra
Gutierrez esa mudanza,
y espero que cuando vuelva
el señor marqués, tambien
será su alegría extrema...
- MARQUESA. Tal vez; pero por ahora
es preciso que no sepa
que estoy aquí.
- GUTIERREZ. ¿Qué decis?
- MARQUESA. Que ha de ser muda tu lengua:
à nadie has visto, ¿lo entiendes?
cuidado con la reserva.
- GUTIERREZ. Pero... señora...
- MARQUESA. Mañana
mi mayordomo hará entrega
à Gutierrez de cien pesos...
si se porta con prudencia.
- GUTIERREZ. ¡Ah...! ¿señora...! me abrumais...
vuestra bondad me encadena...
- MARQUESA. Silencio: puedes dejarme.
Suceda lo que suceda,
tú nada sabes.
- GUTIERREZ. Señora,
confiad en mi esperiencia...
(Retirándose.)
(Cien pesos... por no hacer nada...
lo dicho, es una prebenda...)

ESCENA III.

LA MARQUESA.

No puede tardar... veamos
 si son ciertas mis sospechas :
 tal vez entre esos papeles
 encontraré algunas pruebas...
 ¡ Plegue á Dios que no las halle !
 que aunque vengarme quisiera,
 anhelo mas que el honor
 del ministro resplandezca.

(*Examina algunos papeles.*)

Nada... tampoco... son notas
 de las Cortes estrangeras
 sobre asuntos de comercio...
 ¡ Un billete...? bueno fuera
 aqui de la Sandoval
 hallar la correspondencia...
 no, es del duque embajador
 de Francia... ¡ mucho me pesa...!

(*Lee.*)

« Esta noche, si el marqués
 otra cosa no me ordena,
 podrá tener en su casa
 lugar nuestra conferencia.
 A las diez... » Y es esta noche,
 si... cabal, de hoy es la fecha.
 ¡ Hola, hola...! ¡ ya tenemos
 misteriosas conferencias
 con el de Francia...? yo debo
 oír cuanto se hable en ella.
 Cuidado, señor marques,
 con enredar la madeja,
 pues si os dejais dominar
 por estrañas influencias...
 acaso perdais á un tiempo
 con el poder la cabeza.

(*Ruido de un carruage.*)

¡ Ese ruido... si, es su coche :
 lo celebros, á tiempo llega.
 Corramos esta aventura...

nada arriesgo si me encuentra,
 y ganar podemos mucho
 si permanezco encubierta.
 (Ocúltase detras de las cortinas.)

ESCENA IV.

ENSENADA. GUTIERREZ, que se queda en el fondo.

ENSENADA. Que pasen dentro de un rato
 cuantos hablarme pretendan,
 y advierte que hasta las diez
 esta noche doy audiencia.
 GUTIERREZ. Bien, se hará como decis. (Vase.)

ESCENA V.

ENSENADA.

Ya que festejo mi gusto,
 hagamos algo, que es justo,
 en obsequio del país.
 No tengo en amor rival
 ni en política hasta hoy...
 ¡gracias á Dios que al fin soy
 el mas dichoso mortal!
 Honores, gloria colmada,
 aplausos mil por do quiera,
 respetado dentro y fuera...
 ¡qué mas quieres, Ensenada!
 ¿Qué importa que por medrar
 murmuren de mis derechos,
 si la fama de mis hechos
 al fin los hace callar?
 ¿Cuál fue la potente mano
 que armó con presteza suya
 esa marina que abruma
 la espalda del Océano?
 Y ¿quién sin azar ni albur
 nuestra gloriosa bandera
 rica y libre por do quiera
 llevó desde el Norte al Sur?

Do quiera que hay fondo va:
 y el pabellón castellano
 ¿por quién se columpia ufano
 en todos los mares ya?
 ¿Quién el comercio ensancho?
 Y ¿quién con tanta presteza
 las fuentes de la riqueza
 en España desató?
 ¡Oh...! ¡gratos recuerdos, si!
 por más que hierva la saña,
 nunca olvidar podrá España
 lo mucho que la servi.
 Y ¿qué mas puede querer?
 ¿no tiene reposo interno?
 ¿no procuro hacer eterno
 su floreciente poder?
 ¿No reñacé en esta guerra
 con española arrogancia
 las rojas lises de Francia,
 y el leopardo de Inglaterra?
 Mas... ¿qué me causo? jamás
 pierda en estos pensamientos...
 si no hubiera descontentos
 no aplaudieran los demás.
 ¡Oh...! y ensayé varios modos...
 mas... nada, no puede ser:
 es locura pretender
 mandar a gusto de todos.
 No es poco tener detrás
 en estos tiempos serenos
 por enemigos los menos
 y por amigos los mas.
 Sin embargo, es menester,
 por si acaso se interesa
 en la lucha la marquesa,
 hacer frente a su poder.
 ¡Oh! ¡cuanto maquinara!
 se valdrá hasta del engaño,
 y a trueque de hacermé daño
 con el inglés se unirá.
 Remedio tienen los males:
 si ella me opone al inglés,

delante pondré al francés,
 y así quedamos iguales.
 Ya que este nuestra alianza
 tanto apetece... veremos...
 con maña le entretendremos
 dándole alguna esperanza.
 ¡Ja! ¡ja...! Marquesita bella,
 en vano trabajareis
 mientras eclipsar penseis
 la clara luz de mi estrella.
 Pero ya los pretendientes
 se acercan...
 (*Ocupando el sillón del despacho.*)
 Me vuelven loco.
 Vamos a mentir un poco...
 ¡me piden tanto estas gentes...!

ESCENA VI.

ENSENADA. GUTIERREZ.

GUTIERREZ. (*Desde la puerta.*)
 Señor... ¿permite vucencia...?
 ENSENADA. Si, sí: ya pueden entrar.
 (*Se retira Gutierrez, y poco despues salen Osorio, Quiñones é Inclán, y algunos militares y varios paisanos. Todos se quedan en el fondo, menos Quiñones, que se adelanta.*)
 QUIÑONES. Muy buenas noches, señor.
 ENSENADA. Muy buenas. ¿Solicitais?
 QUIÑONES. ¿Vucencia ya no recuerda...?
 ENSENADA. No lo debeis estrañar;
 son tantos los que al despacho
 concurren, que á la verdad...
 QUIÑONES. El recomendado soy
 de doña Beatriz Queralt...
 ENSENADA. ¡Ah! ¡ya...! la linda condesa...
 vos sois el señor don...
 QUIÑONES. Juan
 de Quiñones...
 ENSENADA. Sí, recuerdo...
 muy bien vuestro asunto va.

- QUIÑONES. Pretendeis...
 ENSENADA. Una tenencia en la marina real...
- QUIÑONES. Ya... ya sé: perfectamente; podeis con ello contar. Siempre ha sido la marina el objeto principal de mis cuidados, y miro con aprecio singular al que admito en una clase que es hoy de importancia tal. ¿Vos sereis facultativo?
- QUIÑONES. La carrera acabé ya en el colegio...
- ENSENADA. Muy bien. Y ¿os habeis hecho á la mar?
- QUIÑONES. He estado en Cádiz...
- ENSENADA. En Cádiz... Supongo, en el arsenal... mas... no es eso... ¿no habeis ido un poquito mas allá? Conocereis algun puerto en el Océano oriental...
- QUIÑONES. Por las cartas...
- ENSENADA. ¿Por las cartas...! Teneis razon... ¿qué mas da? ¿Teneis vocacion...
- QUIÑONES. ¡Oh! ¡mucha!
- ENSENADA. Bien: ¿os quereis embarcar en el *Veloz*...? cien cañones, limpio y fino...
 (*Señalando á uno de los cuadros.*)
 Vedle acá...
- QUIÑONES. Donde os digneis emplearme allí iré sin replicar.
- ENSENADA. Bien, Quiñones: el *Veloz* á bordo os admitirá, y con él ireis á Méjico dentro de un mes... ¿eh...? ¿qué tal?
- QUIÑONES. Una licencia quisiera, señor, si no es abusar...
- ENSENADA. ¿Qué tiempo habeis menester?

- QUIÑONES. Un año, todo lo mas,
para arreglar mis negocios...
- ENSENADA. ¡Enredados estarán!
¡Un año en tierra un marino...!
- QUIÑONES. Doña Beatriz...
- ENSENADA. Bien está.
A la bella condesita
en mi nombre saludad.
- QUIÑONES. (Al pasar por delante de Osorio.)
¡Despachado...! ¡en el Veloz...!
(Vase, y se adelanta Inclán.)
- ENSENADA. (Descuida, no te ahogaras.)
- INCLAN. El cielo guarde a vucencia...
- ENSENADA. ¡Hola! don Miguel de Inclán,
el famoso peñolista...
Llegad, amigo, llegad.
Vuestros trabajos sin número
recompensados serán,
y en breve os entregaré
un nombramiento real.
Venid por aquí á menudo,
que tengo que confiar
trabajos muy importantes
á vuestra capacidad.
- INCLAN. Ya sabeis con el placer
que os sirvo cuando me honrais...
- ENSENADA. Conservo gratos recuerdos
de vuestra celeridad,
y á vos se os puede decir
sin temor de exagerar,
que con una sola pluma,
señor don Miguel, volais.
El cielo os guarde.
- INCLAN. (Saluda, y se retira.) Señor...
- OSORIO. (Entregando al marqués una carta.)
Doña Inés de Sandoval
me encarga que dé á vucencia
este papel...
- ENSENADA. (Abriéndolo.) Perdonad...
Mucho por vos se interesa
doña Inés.
- OSORIO. Facil será...

- relaciones de familia...
- ENSENADA. Yo nada puedo negar
cuando ella es quien recomienda,
y vos quien solicitais.
Por ahora no hay vacantes
en Europa... ¿os es igual
una legacion de América?
- OSORIO. No quisiera ir tan allá...
La Europa culta es mi sueño...
¿Habeis servido...
- ENSENADA. Jamas.
- OSORIO. Pero sabreis de idiomas...
- ENSENADA. De idiomas... ¡ps...! tal cual...
y los que no, estoy seguro
que al punto se aprenderán...
- ENSENADA. ¿Y sabeis que los negocios
de Europa son de entidad?
- OSORIO. No importa, marqués: yo cuento
con despejo natural:
me he probado en los salones...
entre la alta sociedad,
y en ellos fama he dejado
de ser un hombre sagaz...
¡Oh...! y la intriga la manejo
con alguna novedad...
- ENSENADA. *(Remediándole.)*
¡Ah...! pues si sois intrigante
no debeis aprender mas.
La intriga en un diplomático...
- OSORIO. Si... ya sé, es lo principal.
- ENSENADA. ¡Magnífico! me parece
que al fin vais á despuntar...
no os molesteis en volver;
en mi celo descansad,
y ya sabreis cuanto ocurra
por doña Inés Sandoval.
- OSORIO. Mi profunda gratitud...
Señor marqués...
- ENSENADA. Confiad...
(Se retira Osorio, y se adelanta el capitán.)
¿Háse visto impertinente
mas necio ni mas audaz...

- CAPITAN. (¿A que está de mal humor?)
 ENSENADA. ¿Que quereis?
 CAPITAN. (¡Justo... cabal...!
 ¡reniego de mi fortuna...!)
 Señor, soy un capitan...
 ENSENADA. Adelante.
 CAPITAN. A quien se debe...
 ENSENADA. Está bien, se os pagará.
 CAPITAN. Es que otras veces, señor...
 ENSENADA. No se puede remediar:
 la marina absorve todo...
 (*Sale Gutierrez y habla al oído con el marqués.*)
 CAPITAN. Es mucha fatalidad...
 ¡la marina...! ¡la marina...!
 ¿por ventura los demás,
 señor marqués, no servimos
 también a su magestad?
 ENSENADA. (*A Gutierrez.*)
 Bien, que todos se retiren,
 y despues le haras entrar.
 (*Toca la campanilla.*)
 CAPITAN. Pero señor...
 ENSENADA. Ya os lo he dicho:
 volved mañana, que habrá
 mas tiempo, y vuestros asuntos
 arreglados quedarán.
 CAPITAN. (Siempre me dice lo mismo...
 ¡cuándo el mañana vendrá!)

ESCENA VII.

ENSENADA.

¡Gracias a Dios que esta noche
 ya me deja respirar
 esa nutrida falange
 de pretendientes! Jamas...
 mientras haya en este suelo
 tanto encubierto holgazan,
 con las artes, con la industria,
 es imposible contar.
 Veamos lo que le ocurre

hora al duque de Durás...
lo de siempre... es incansable
este frances... aqui está.

ESCENA VIII.

ENSENADA. EL DUQUE.

- DUQUE. Al poderoso marqués
saludo.
- ENSENADA. Yo en vos, señor,
saludo al embajador
y al mas ilustre francés.
Sentaos si venis despacio...
- DUQUE. Acepto vuestro cumplido.
- ENSENADA. Esta noche no habeis ido
al concierto de palacio.
- DUQUE. A pesar de mi deseo,
y aunque á él se me invitó,
mis esperanzas frustró
la llegada de un correo.
Hoy vos habreis recibido
un pliego mio...
- ENSENADA. Si tal...
no os di respuesta...
- DUQUE. Es igual.
Ya veis, sin ella, he venido.
Hora y punto os marqué alli,
si no teniais reparo;
callásteis, con que era claro
que me esperabais aqui.
- ENSENADA. Celebro que mi intencion
sin violencia interpreteis:
señor duque, me teneis
á vuestra disposicion.
- DUQUE. Aunque sin gran esperanza
de poderos inclinar
á que os digneis aceptar
nuestra importante alianza,
ruegos que con madurez
mediteis vuestros reparos,
pues de ellos, marqués, á hablaros

- vengo por la última vez.
- ENSENADA. Vuestro exordio me parece precursor de un rompimiento...
- DUQUE. Lo que es en este momento solo amistad se os ofrece. Vos direis lo que há de ser.
- ENSENADA. ¿Tanto, amigo, por ventura, vuestro gobierno os apura?
- DUQUE. La Francia no puede ver con apático abandono que su limpio honor se manche, ni que la Inglaterra ensanche los dominios de su trono. De vuestra neutralidad ventajas saca el inglés...
- ENSENADA. Ninguna.
- DUQUE. Señor marqués, es una amarga verdad. Si en contra de España no, en mengua de Francia si.
- ENSENADA. Yo á tanto no descendí; hablé por España yo.
- DUQUE. Pues bien, para en adelante mi reino quiere saber á lo que se ha de atener, porque ya esperó bastante. En breve con fiera saña para enfrenar la Inglaterra romperá Francia la guerra. ¿Quiere ó no ayudaría España?
- ENSENADA. Señor duque, este país, como vive respetado, no estrañeis que haya negado lo que há tiempo le pedis. Porque, amigo, es gran simpleza... yo así lo juzgo á lo menos, que por motivos ajenos nos rompamos la cabeza. Que la Inglaterra os engaña; pues bien, ponedla en el brete... mientras que ella nos respeto no debe mezclarse España...

- DUQUE. Mirad que lo que hoy á nos
con la Inglaterra sucede,
mañana, marqués, os puede
suceder tambien á vos.
- ENSENADA. Quien sabe... bien puede ser
que llegara á esos extremos...
mas... no temais; le daremos
entonces mucho que hacer.
- DUQUE. ¿Y si vos para ese dia,
sin saber por qué caminos,
no regis ya los destinos
de esta vasta monarquia?
- ENSENADA. Os debéis tranquilizar
sobre esa vana quimera,
porque no hay dentro ni fuera
quien me pueda derribar.
- DUQUE. Con que, Ensenada, ¿es decir
que estais ya determinado?
- ENSENADA. Es decir que sin cuidado
descanso en el porvenir.
- DUQUE. La Europa dirá, marqués,
con mengua de vuestro honor,
que nos dejais, por temor
de disgustar al inglés.
- ENSENADA. ¿No sabeis cuán ocupada
la Europa do quiera está?
Harto que hacer tiene ya;
no temais... no dirá nada.
- DUQUE. Ya lo veis, por parte mia
nada quedó por hacer.
De obrar así, puede ser
que os pese, marqués, un dia.
De sobra tendremos Cortes
que acepten nuestra alianza:
y pues que ahogais mi esperanza
pediré mis pasaportes.
- (Se levantan.)
- ENSENADA. ¡Ja...! ¡ja...! ¡ja...! ¡dadme esa mano!
Señor duque, sois terrible...
vos cuando hay un imposible
¿cortais así por lo sano?
¡Pasaportes...! por demas

os lanzais á los extremos...
¿romper así...? no estaremos
en ese caso jamas.

DUQUE. Mas que vos lo siento, si:
quieroos mejor por amigo;
pero si nada consigo,
¿qué quereis que haga yo aqui?

ENSENADA. El tiempo todo lo alcanza:
con paciencia... sabe Dios...
nunca un hombre como vos
debe perder la esperanza.

DUQUE. (¿Que cambio es este...?) Confieso
que debí hacerme esa cuenta;
mas... como no se alimenta
aqui con nada... por eso...

ENSENADA. Hasta ahora, embajador,
la alianza habeis buscado;
pero no me habeis hablado
del cómo, del pormenor...
Decidlo, discutiremos...
pasadme notas... aqui
se contestarán... y así
tal vez nos entenderemos.

DUQUE. (Saca unos pliegos.)
Bien, marqués; aqui teneis
el pormenor del tratado...

ENSENADA. ¡Ah...! ¿veniais preparado...
DUQUE. Por si acaso... ya lo veis...

Para contestarlo vos,
de sobra tendreis, marqués,
con quince dias... un mes...

ENSENADA. (Así como un año... ó dos...)
Seguro, pues me interesa...
y vedlo aqui demostrado:
pongo debajo...

(Llega á la mesa con el tratado, y escribe en él.)

Acceptedo;

y queda sobre la mesa.

DUQUE. Desde hoy en ese interes
cimentare mi esperanza:
pero mucho el tiempo avanza,
y os dejo, señor marqués.

ENSENADA. ¿Ya os retirais, duque?
DUQUE. Si.

ENSENADA. Por la puerta principal
no salgais...

DUQUE. Decid por cual.

ENSENADA. Conviene mas por aqui.
Seguidme.

(Vanse por la puerta secreta, y de la alcoba sale la marquesa.)

ESCENA IX.

LA MARQUESA. *Despues* MAURICIO.

MARQUESA. Gracias á Dios
que mi intento coroné...
salir ahora podré
mientras se alejan los dos.
Sobre la mesa entendí
que quedó el tratado... ajá...
este es... bueno... venga acá...
mas que pensé conseguí.
En salvo póngome ahora,
porque pudiera volver...

(Al llegar junto á la puerta del fondo se encuentra con Mauricio, y se cubre el rostro con el velo.)

(¡Ah...!)

MAURICIO. ¿Qué es esto...? ¿una muger...

MARQUESA. (Su padre... ¡cielos...!)

MAURICIO. Señora...

¿qué buscáis aqui?

MARQUESA. Ya, nada.

(¡Oh...! grande peligro corro...)

Vine á implorar un socorro
del marqués de la Ensenada.

MAURICIO. Pero ¿cómo aqui tan sola...

MARQUESA. Yo soy viuda, señor mio,
de un capitán de navio
de la marina española.

MAURICIO. ¿La viudez no os pagan?

MARQUESA. No:

para hablarle de eso entré...
y sin oirme se fue.

- MAURICIO. Se fue; pero ¿os socorrió?
 MARQUESA. Nunca, señor, hace tal.
 MAURICIO. (¡Se va portando mi hombre!)
 Decid, ¿cuál es vuestro nombre?
 MARQUESA. Doña Inés de Sandoval.
 MAURICIO. Y sereis tan desgraciada
 que tendreis hijos...
 Si, tres...
 MAURICIO. ¡Voto va... señor marqués...!
 (Dándola un bolsillo.)
 Tomad, y no digais nada.
 MARQUESA. ¡Ah...! señor... tal beneficio...
 MAURICIO. Andad...
 (Si haré, que ya es hora.)
 MARQUESA. Volved mañana, señora,
 y preguntad por Mauricio.
 MAURICIO. Dios os premie tal accion.

ESCENA X.

MAURICIO.

El chico... yo estoy pasmado,
 desde es ministro de Estado
 ha perdido el corazón.
 Pues antes... por vida mía,
 se portaba de otro modo:
 se desvelaba por todo
 y daba cuanto tenía.
 Pero ahora... á no dudar,
 parece que nada basta...
 no... pues lo que es lujo... gasta,
 con que tendrá para dar.
 Yo le hablaré... ¡pero gordo!
 le diré cuanto aquí abrigo...
 no haya miedo que conmigo
 su excelencia se haga el sordo.

ESCENA XI.

ENSENADA. MAURICIO.

ENSENADA. ¡Ah...! ¡ya aquí... ¡tanto favor...

- ¡qué...! ¡os descubris...! ¡á qué azar...
MAURICIO. Asi es como debe estar
el súbdito ante el señor.
- ENSENADA.** ¡Pero... padre...!
- MAURICIO.** No hay aqui
mas padre que lo que digo.
Cuidado, marqués, conmigo...
ENSENADA. ¿Estais enojado?
- MAURICIO.** Sí.
Don Zenon Somodevilla,
tome su asiento vucencia
y deme despues audiencia,
porque á eso vine á esta villa.
- ENSENADA.** Y ¿á qué esa formalidad,
cuando sois dueño de todo...
- MAURICIO.** Pues no hablaré de otro modo.
- ENSENADA.** (*Ocupando el sillón del despacho.*)
Os obedezco; empezad.
- MAURICIO.** Veis aqui á un noble y pudiente,
que en la labor se ejercita:
allá en la Rioja no quita
lo cortés á lo valiente.
Aquel pueblo es muy honrado,
de todo lo bueno, amigo;
y esto, señor, os lo digo
por si lo habeis olvidado.
Pues bien: con su amor eterno
al que manda desde acá...
hoy el pueblo aquel está
trinando con el gobierno.
Y cuenta que malas artes
alli jamas conoci.
Con que si esto pasa alli,
¿qué pasará en otras partes?
ENSENADA. ¿Qué sucede alli, señor?
- MAURICIO.** ¿Con esa salis ahora?
Gobierno que tanto ignora
no es el gobierno mejor.
Nuestras cuentas no se saldan;
se cometen injusticias;
se exigen nuevas milicias,
y los impuestos nos baldan.

Con muchos ha sucedido ,
 que despues de un año entero
 de haberse afanado... cero,
 lo comido por servido.
 Y gracias, que esto es grandeza
 entre algunos de nosotros,
 porque suelen sacar otros
 las manos en la cabeza.

ENSENADA. Mucho esas tristes verdades
 reclaman nuestra atencion :
 desmanes sin duda son
 de algunas autoridades.

Mas si dan en abusar,
 ¿ cómo evitar la violencia...
 MAURICIO. Aborcándolas su escelencia,
 así se puede evitar.

Al que la justicia espanto
 y en su oficio se haga el sueco...
 no hay remedio , palo seco,
 señor marqués , y adelante.

ENSENADA. Bien, señor: se pensará
 con gran esmero y cuidado
 en todo ello, y remediado
 dentro de poco será.

MAURICIO. Es que mucho sentiria
 que solo promesa fuera ;
 bien, bien... decís á cualquiera,
 y conmigo no hay tu tia.

ENSENADA. Os hallo hoy como jamas :
 dudais de todos aqui...
 en buen hora: mas de mi
 no es justo... y bien, ¿ quereis mas...?

MAURICIO. Ya os dije mi pretension,
 y vos me habeis respondido :
 si me cumplis lo ofrecido
 se acabó mi comision.

Me cubro y me siento , pues.
 Y ahora, aunque á vos no os cuadre,
 os voy á hablar como padre :
 levantaos , señor marqués.

ENSENADA. (Levantándose.)
 (Caprichos mi padre tiene

harto raros por quien soy :
no le enfademos , porque hoy
raro como nunca viene.)

(Con afectada humildad.)

Señor , lo que habeis mandado
vengo á cumplir , ya lo veis.

¿ Qué mas humildad quereis
en un gefe del Estado ?

MAURICIO.

Entiendo bien el sentido
que darle á la frase quieres :
mas... antes de ser lo que eres
ya llevabas mi apellido.

Con que nada de ironias :
no andemos con farsas , no :
antes que tú he sido yo ,
y tú sin mí , no serias.

ENSEÑADA.

Es verdad...

MAURICIO.

Sin duda alguna.

Zenon , tú vas olvidando
que vueltas siempre está dando
la rueda de la fortuna.

Si por ser de las Españas
ministro , das en pensar
que la llegaste á clavar...
de medio á medio te engañas.

La subida es muy penosa
y cuesta gran pesadumbre...
peño en llegando á la cumbre
la bajada es facil cosa.

Rodar un dia es razon ,
porque eso á todos sucede ;
pero no es bueno que rueda
con el poder la opinion.

Y segun lo que á escuchar
llegué aqui... ; por Belcebú...!
presumo que á echar vas tú
ambas cosas á rodar.

ENSEÑADA.

Tened , señor , vuestra furia ,
que mucho vais avanzando...
y sin querer vais pasando
del buen consejo á la injuria.
Yo sé lo que hago ; y por mas

que hable la maledicencia,
tranquila está mi conciencia,
nada importa lo demás.
Si se me antoja, mañana
los que hoy murmuran de mí
me aplaudirán... ¡oh...! si, si,
que es tal la flaqueza humana,
que aun dudo, señor, si vos,
con toda vuestra entereza,
no doblaríais la cabeza
ante el poder...

MAURICIO. (Levantándose.) ¡Voto á brios!
¡Yo al poder...! ¡tal duda en mí...

ENSENADA. Dejemos esto por hoy,
porque ya es hora, y me voy...
por dueño os quedais aquí.

MAURICIO. ¿Vas á la calle...?

ENSENADA. Si tal.

MAURICIO. ¿A estas horas salir fuera?

ENSENADA. Aun es temprano, y me espera
doña Inés de Sandoval.

MAURICIO. ¿De Sandoval...! ¡Ah...! descuida:
no tomes por eso el coche,
que lo que es por esta noche
ya está la Inés socorrida.

ENSENADA. ¡Socorrida doña Inés!
¿Sabeis quién es ella?

MAURICIO. Si.

ENSENADA. ¿Dónde la visteis?

MAURICIO. Aquí.

ENSENADA. ¿Cuándo?

MAURICIO. Há un rato.

ENSENADA. ¿Un rato...!

MAURICIO. Pues.

ENSENADA. Perdonadme, aunque os asombre...
pero es imposible...

MAURICIO. ¿Cómo...!

ENSENADA. A engafio vuestro lo tomo...

MAURICIO. Ella me dijo su nombre.

ENSENADA. ¿Su nombre...!

MAURICIO. Bien lo entendí.

ENSENADA. (¡Cielos...! ¡qué dudas me asaltan...)

(Dirigiéndose á la mesa.)

La marquesa...

MAURICIO.
ENSENADA.

¿Qué haces...?

Faltan

unos papeles de aquí.

MAURICIO.
ENSENADA.

Hombre... búscalos mejor...

¡No, no...! (Llamando.)

¡Gutierrez...! (Sale.) A ver,

aquí ha estado una muger:

¿quién es...

GUTIERREZ.

Lo ignoro, señor.

No he visto salir ni entrar...

ENSENADA.

La marquesa... es cosa cierta...

(Señalando á la puerta secreta.)

Sin duda por esa puerta...

pronto lo he de averiguar.

(Vase precipitadamente por la del fondo.)

ESCENA XII.

MAURICIO. GUTIERREZ.

MAURICIO. Por Cristo, que estoy confuso...

GUTIERREZ. (Con misterio.)

Anhela hablaros, señor,

la camarera mayor,

marquesa de Torrecuso.

MAURICIO.

¡Hombre...! hablarme...

GUTIERREZ.

Señor, si.

MAURICIO.

No sé si me alegre ó sienta...

es raro que mi parienta

se acuerde ahora de mí.

Y... ¿dónde y cuándo, sabrás...

GUTIERREZ.

Al punto, en su casa.

MAURICIO.

¡Bien...!

¿Podrás decirme también

á qué asunto...

GUTIERREZ.

(Retirándose.) No sé mas.

MAURICIO.

No sé mas... pues es bien poco

saber... tomaré el camino.

Lléveme el diablo si atino

con ello... me vuelve loco

la corte... y ¡hay quien escoja
entre la paz y el estruendo
lo segundo...! no lo entiendo...
Mauricio, pronto, a la Rioja.
Y a ver si logras al fin
a Zenon de aqui arrancar...
¡Oh...! por lograrlo... he de armar
una asonada, un motin.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Acto tercero.



Una sala en la casa de la marquesa de Torrecuso, alhajada con toda la elegancia de la época. A la derecha una mesa con recado de escribir; á la izquierda una puerta; otra grande en el fondo.)

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA. EL PORTERO.

PORTERO. *(Desde el fondo.)*
Doña Inés de Sandoval.
MARQUESA. ¡La Sandoval!
PORTERO. Si señora.
MARQUESA. Me sorprende que á esta hora
venga a verme mi rival.
¿Estais seguro...
PORTERO. Si estoy:
ese nombre es el que ha dado
para que os pase el recado.
MARQUESA. Adelante. *(Vase el portero.)*

ESCENA II.

LA MARQUESA. *Despues* DOÑA INÉS.

MARQUESA. Por quien soy
que este paso en doña Inés
es cosa que escandaliza...
pero... ¡ah! ¡si vendrá echadiza

por el astuto marqués?
 ¿Quién lo duda que vendrá...?
 la falta se habrá notado,
 y a ver vendrá si el tratado
 está entre mis manos ya.
 ¡Ja...! ¡ja...! ¡ja...! ¡pobre señora...!
 ¿Qué entendéis vos, doña Inés...
 no, no ha escogido el marqués
 la mejor embajadora.

(Sale doña Inés, y se adelanta la marquesa á recibirla.)

¡Bellísima Sandoval!
 ¡tal dicha, y en tal momento...
 venid y tomad asiento;
 aquí estareis menos mal.

(Se sientan.)

INÉS.

Sin duda que estrañareis
 veros así importunada
 en hora tan desusada...

MARQUESA.

No me estraña, ya lo veis...
 al contrario; es el mayor
 placer que pudiérais darme:
 vos podeis venir á honrarme
 cuando os parezca mejor.
 Y aunque amiga tan querida
 en ello me pone tasa,
 siempre que venga á esta casa
 será muy bien recibida.

INÉS.

Marquesa, mucho agradezco
 vuestra esquisita atención.

MARQUESA.

Os habla mi corazón...

INÉS.

Es honra que no merezco.

MARQUESA.

Opinais de vos muy mal,
 pues en la corte es sabido
 que ninguna ha merecido
 lo que Inés de Sandoval.

INÉS.

A esa gente lisonjera
 escuchadla cual la escucho,
 pues ya sabeis vos lo mucho
 que en la corte se exagera.
 Y si no, mirad por Dios
 lo que es mi merecimiento:
 hoy vengo, con sentimiento,

- à despedirme de vos.
MARQUESA. ¿Doña Inés se formaliza?
INÉS. ¡Oh...! sí tal.
MARQUESA. ¡Mucho me estraña...
 ¿Dónde os vais?
INÉS. Fuera de España.
MARQUESA. ¡Eso es posible...
INÉS. A la Suiza.
MARQUESA. Mas... ¿quién es el temerario
 que os aconseja tal yerro...
 ¿es político destierro...?
INÉS. Es... destierro voluntario.
MARQUESA. ¿Cuál puede ser la razón
 que os lleva tan pronto allá?
INÉS. Hay algunas...
MARQUESA. (Esta ya
 pide capitulación.)
INÉS. Deseo, y con viva instancia,
 volver á un país, señora,
 donde mas feliz que ahora
 pasé de mi edad la infancia.
 Con los recuerdos que allí
 en otro tiempo dejé,
 dar al olvido podré
 los desengaños de aquí.
MARQUESA. ¿Pero á los suizos cantones
 os desterrais... ¡brava cosa...!
 ¿tan jóven y tan hermosa
 perdisteis las ilusiones?
 ¡Pecais de precipitada...
 que no lo sintais despues...
 ¿Es posible, doña Inés,
 que esteis tan desengañada?
INÉS. ¿Qué quereis... es fuerza, si,
 que á la mayor brevedad
 enlace una voluntad
 que sin querer dividi.
 Así de hoy mas podré yo
 vivir en paz... ¿me entendeis...
MARQUESA. No mucho aun...
INÉS. Ya lo veis,
 os cedo el campo...

MARQUESA. ; Ah...! no, no.

Atended á mis consejos,
y por cedermé la palma,
; por Dios....! doña Inés del alma,
no os vayais allá tan lejos.

INÉS. Y... ; me lo pedis por Dios!

MARQUESA. Y os volveré á suplicar...

INÉS. Yo no debo malquistar
al de Ensenada con vos.

MARQUESA. ; Malquistar, amiga mía,
cuando tan acordes vamos...?
; No...! creedme, Inés, gozamos
ya de tan buena armonia,
que ese campo de que hablais,
y que en mal hora cedéis,
á la vuelta lo hallareis
lo mismo que lo dejais.

INÉS. ; Marquesa...!

MARQUESA. ; Mi buena amiga?

INÉS. No sois franca.

MARQUESA. No os engaño.

INÉS. Por hacerle al marqués daño
sé que no escusais fatiga.

MARQUESA. ; Oh...! si tal presumis vos,
; cómo quereis que yo ahora
os satisfaga...

INÉS. Señora...

hablemos claro las dos.
Con todo lo que decís,
no estais bien con Ensenada,
y esa lucha ya empezada
será un mal para el país.
Aunque me produce tedio
el decirlo, he conocido
que la causa de ella he sido,
y quiero poner remedio.
No fue mi intento jamas
ofenderos, creedme, si ;
pues bien ; me alejo de aquí...
; se me puede exigir mas?

MARQUESA. Me asombra, Inés, vuestro juicio :
sacrificio es...

- INES. Si, por Dios;
y en cambio, señora, vos
¿no hareis otro sacrificio?
- MARQUESA. ¿Yo? perdonad que os lo diga:
vuestro sacrificio inmenso
como no os lo exijo, pienso,
Inés, que á nada me obliga.
Pero... sepamos cuál es,
amiga, porque no obstante...
- INES. Que me entregueis al instante
los papeles del marqués.
- MARQUESA. ¿Pasmosa es vuestra inocencia!
Dosta Inés, ¿qué habeis pedido?
Jamás con él he tenido,
como vos, correspondencia.
- INES. No, no os hablo de eso ahora:
son otros... no sé... un tratado
que esta noche habrá llegado
á vuestro poder, señora.
- MARQUESA. ¿Un tratado me pedis?
¿atónita me dejais!
¿De qué papeles me hablais?
no entiendo lo que decis.
Si comprendo que serán
de grave y sumo interes
cuando á nombre del marqués
los buskais con tanto afán.
- INES. No son de interes, no, no:
ni al marqués le importan nada,
ni á nombre del de Ensenada,
marquesa, los busco yo.
- MARQUESA. Ese empeño que mostrais,
que en su nombre hablais me esplica.
Tambien el vuestro me indica
que el tratado me ocultais.
- MARQUESA. ¿Hola! con que ya de cierto
solo se busca un tratado...
- INES. No sé...
- MARQUESA. En el que habrá quedado
el ministro en descubierto...
- INES. Vuestras sospechas esquivo,
pues con ellas le ultrajais...

- MARQUESA. Como el tratado bascis con un interes tan vivo, pensé que era, y con razon, de tanta monta, Inés mia, que en él se comprometia del ministro la opinion. Mas... si él ha cumplido fiel no puede temer ningun...
- INÉS. Eso, marquesa, es segun el uso que se haga de él. Si se llegó á apoderar de él una mano imprudente... al ministro facilmente se le puede calumniar.
- MARQUESA. No sé... no entiendo...
- INÉS. ¿No?
- MARQUESA. No.
- INÉS. ¿Con que á entregarlo os negais!
- MARQUESA. Pues qué, doña Inés, ¿pensais que tengo el tratado yo?
- INÉS. No falta quien lo asegura.
- MARQUESA. ¡Oh...! el lance es muy divertido...
- INÉS. Dícen que lo han estraído...
- MARQUESA. Y ¿he sido yo...? ¿qué diablura!
- (Se levantan.)
- INÉS. Está bien: basta, marquesa. Conspirais contra el marqués... mas... no os quejeis si despues de haberlo negado os pesa. Esquivásteis mis preguntas...
- MARQUESA. ¿Con que á Suiza...? ¿quién diria...
- INÉS. Puede ser que todavia el viaje lo hagamos juntas.
- MARQUESA. Holgárame que asi fuera: mucho me place viajar, y me alegrára llevar tan insigne compañera.
- INÉS. Señora, quedad con Dios.
- MARQUESA. Id con él y que os bendiga... no olvidéis á vuestra amiga.
- INÉS. Lo mismo os encargo á vos.

ESCENA III.

LA MARQUESA.

Caistes, pobre Ensenada:
 el tratado te ha perdido...
 ¡Oh...! y doña Inés ha venido
 por él, y de mano armada.
 ¡Miren por dónde empezó!
 por el viaje... y por ceder
 el campo... ¡infeliz muger!
 ¡cuán en vano se esforzó!
 Ya que dice mi rival
 que la Suiza es su embeleso,
 irá á la Suiza; por eso
 no es bien que quedemos mal.
 Anhelo llegar al fin
 del vasto plan que levanto...
 Mas ¡cómo es que tarda tanto
 el exactísimo Kin?
 Este es otro: con doblez
 nos busca por varios modos...
 ¡Oh! yo acabaré con todos
 para siempre, y de una vez.
 (Sale y anuncia á)
 Mister Kin.

PORTERO.

MARQUESA.

Hacedle entrar. (Vase el portero.)
 Ya está aquí: yo bien decia
 que á la cita no podia
 el astuto inglés faltar.
 Pero aunque es tan avisado,
 en la emboscada que ahora
 le preparo...

ESCENA IV.

LA MARQUESA. KEEN.

KEEN.

MARQUESA.

KEEN.

A Dios, señora.
 Mister Kin, muy bien llegado.
 Exacto sois...

Como inglés...

apenas he recibido
vuestro billete, he venido
para besar vuestros pies.

MARQUESA. Perfectamente habeis hecho.
KEEN. Vuestra opinion me es muy grata...

MARQUESA. ¿Sabeis de lo que se trata?

KEEN. Algo, señora, sospecho...

MARQUESA. No... la reserva dejad,
y con franqueza empecemos,
pues ya es tiempo de que hablemos
sin trabas ni ambigüedad.

KEEN. Si vos la muestra me dais,
yo con gozo os seguiré.

MARQUESA. Pues bien, Kín, os la daré
tal vez como no esperais.

De unirse con esta tierra
tiene segura esperanza
el frances: á su alianza
prefiero la de Inglaterra.

Y no preguntadme, no,
el por qué ahora sostengo...
pues los motivos que tengo
vos los sabeis como yo.

En fin, hable la Inglaterra,
y si á ello dispuesta está...
mañana mismo verá

al de Ensenada por tierra.

KEEN. En nombre de mi pais
os rindo gracias, señora,
por las palabras que ahora
tan francamente decis.

Há tiempo, y sin esperanza,
que con afan he buscado
en pró de uno y de otro Estado
tan ventajosa alianza.

Y dóime en esta ocasion
el parabien mas cumplido,
puesto que ya he merecido
fijar vuestra alta atencion.

Marquesa, acepto desde hoy...

MARQUESA. No las palabras troqueis:
vos sois el que proponeis,

- KEEN. y yo la que acepta soy.
Señora mía, es igual,
no añade ni quita peso...
mas no se ofenda por eso
vuestro orgullo nacional.
Un tratado os propondré...
¿Teneislo ahí?
- MARQUESA.
KEEN. No, y lo siento...
pero es cosa de un momento;
si gustais lo estendere...
- MARQUESA.
KEEN. Que me place.
(Dirigiéndose á la mesa.)
Perdonad...
- MARQUESA.
KEEN. Solo os dejo.
- MARQUESA. ¡Oh...! no, por mi...
No obstante, lo hareis... sí, sí,
mejor eu la soledad.
(Vase por la izquierda.)

ESCENA V.

KEEN.

- Pues señor, esta es la mía:
á ver Kin cómo se porta...
átemos algo mas corta
á esta bella monarquia.
(Escribe, y despues lo considera.)
— Asi calmo sus recelos.—
Ya que me abren el camino,
marchemos... pero con tino...
¡lo que pueden unos celos...!
(Sigue escribiendo con las pausas que indica el diálogo.)
« Estrecha amistad... » Si, si.
« Apoyo mútuo... » Esto es:
mas con el apoyo inglés
que nunca cuentan aquí.
« Puertos francos... » ¡Oh...! me asocio
á esta idea... « Gibraltar...
y Cádiz... » A no dudar
aquí está nuestro negocio.
« En el término de un mes

España su inmensa armada
 reducirá...» Si, si: á nada;
 y allá veremos despues.
 Mucho pido, á no dudar;
 habrá mil contestaciones...
 mas para hacer confesiones
 siempre tendremos lugar.
 Cuatro palabras aqui
 de fórmula... « Este tratado
 quedará ratificado...»
 Perfectamente, conclui.
 Puede ser que haya esplosion...
 mas no temo una derrota:
 jamas he puesto una nota
 con mas tino y precision.
 No dirá que he sido tardo:
 al volver de su retiro
 se encontrará... mas ¡ qué miro!

ESCENA VI.

KEEN. DON RICARDO.

KEEN. Llegais, señor don Ricardo,
 á tiempo.

RICARDO. Que os guarde Dios.
 ¿Cómo es que os encuentro aqui?
 Me ocupo de vos...

KEEN. ¿De mí!

RICARDO. Pues, justamente, de vos.

KEEN. No comprendo ese misterio.

RICARDO. ¿Cómo que no comprendeis...
 se trata... ¿no lo sabeis?
 de formar un ministerio.

KEEN. ¿Tan pronto...! pues ¿cómo así?

RICARDO. ¿Qué...! ¿aun no os dais por entendido?
 Acaso ¿no habeis venido
 á hablar de eso mismo aqui...?

KEEN. Os juro que...
 No os canseis,
 porque estoy en esta empresa
 de acuerdo con la marquesa...

RICARDO. ; De acuerdo...
 KEEN. ; Prueba quereis?
 (Tomando el tratado de encima de la mesa, y presen-
 tándoselo.)

Reservadamente, ved...
 ; eh...? don Ricardo, ¿qué tal?
 RICARDO. Ps... no me parece mal...
 KEEN. (Este ya cayó en la red.)

Con plena autorizacion
 de la marquesa, estendi
 cuanto veis trazado ahí,
 y si vuestra aprobacion
 tambien llega á merecer,
 suceda lo que suceda,
 don Ricardo, no me queda
 nada ya que apetecer.

RICARDO. Pero con esta ¿qué tiene
 que ver hoy la opinion mia...

KEEN. Ya lo sabreis algun dia...
 (Mirando á la izquierda.)

Pero silencio, aqui viene...
 (Pone el papel sobre la mesa, y vuelve al lado de don
 Ricardo.)

No digais que habeis leído...
 Dejémoslo estar así...

ESCENA VII.

LA MARQUESA. KEEN. DON RICARDO.

MARQUESA. ; Hola...! Don Ricardo aqui...
 celebro que hayais venido.

KEEN. (Bajo á don Ricardo.)

; Eh...? celebra...

RICARDO. Siempre en pos
 de vuestro iman, como es justo.

KEEN. (Bajo á la marquesa y señalando á la mesa.)
 ; Quereis ver...

MARQUESA. Con mucho gusto...
 (A Ricardo.) Perdonadme, soy con vos.

(Keen y la marquesa se acercan á la mesa.)
 Amigo, no hay mas que ver,

- pronto lo habeis acabado...
- KEEN. Como estoy acostumbrado...
es cosa facil de hacer.
¿Qué os parece?
- MARQUESA. A mí... en rigor
ni bien ni mal... yo no sé...
despues lo someteré
à aprobacion superior...
- KEEN. ¡Superior...! ¡ah...! ya comprendo...
- MARQUESA. Como no lo he de firmar,
es necesario contar...
- KEEN. Entiendo, marquesa, entiendo;
y será oportuno ahora
que con él sola quedeis...
- MARQUESA. Mister Kin, como gustéis...
- KEEN. Hasta mañana, señora.
Señor don Ricardo, à Dios.
- RICARDO. ¿Os retirais ya...?
- KEEN. Si, si...
- (Bajo.) Pensad, don Ricardo, en mí,
como yo he pensado en vos.

ESCENA VIII.

LA MARQUESA. DON RICARDO.

- RICARDO. Nunca os he visto, marquesa...
(preparemos la emboscada)
tan seriamente ocupada.
- MARQUESA. Por ventura, amigo, ¿os pesa?
- RICARDO. ¡Pesarme...! no... ¿qué decis...?
(Descubramos el terreno...)
Sé que haceis mucho y muy bueno
en obsequio del país.
- MARQUESA. Cierto que estoy afanada;
mas... no es tanto todavia
que abruma la fuerza mia...
(Esto no es decirme nada.)
- RICARDO. Cuando me falten aqui
recursos, acudiré
à quien los suyos me dé...
- MARQUESA.
- RICARDO. (Esto lo dice por mí.)

- Alguno sé yo, marquesa,
que se holgara de saberlo...
MARQUESA. Es que quiero sorprenderlo...
RICARDO. (¡ Me prepara una sorpresa !)
Sea de ese ó de otro modo,
con toda lealtad os digo
que conteis con un amigo,
señora, en todo y por todo.
- MARQUESA. Bien puede ser si se enreda
que lo llegue á menester;
mas no he de comprometer
su opinion mientras que pueda...
- RICARDO. Sé que raya á grande altura
vuestro esquisito talento:
marquesa, sois un portento
de ingenio y de travesura.
No obstante, pudiera ser,
mientras por vos se declara
el campo, que flaqueara
aislado vuestro poder.
Antes, señora, mandad
y disponed sin reparos...
pues de esto he venido á daros
cumplida seguridad.
- MARQUESA. Si, don Ricardo, lo sé;
y os agradezco el aviso:
si á serme llega preciso
no dudeis que acudiré...
- RICARDO. Con entera confianza,
porque nada habrá en el mundo
que impida...
- MARQUESA. Sé que no fundo
en el aire mi esperanza.
- RICARDO. Creedlo así; á Dios, señora.
- MARQUESA. A Dios, amigo Ricardo.
- RICARDO. ¿ Dónde mañana os aguardo ?
- MARQUESA. En palacio, á cualquier hora.
- RICARDO. (¡ Oh...! yo haré que esta muger
a mis proyectos se preste.)
- MARQUESA. (Entre el de Ensenada y este...
hay bien poco que escoger.)

ESCENA IX.

LA MARQUESA.

Pero es preciso tener
 uno que haga de pantalla
 mientras damos la batalla...
 y mejor que este ninguno:
 deja hacer, no es importuno,
 á todo se brinda, y calla.
 Adelante. Es necesario
 con presteza sin igual
 que le dé el golpe mortal
 á mi arrogante adversario.
 Sin duda que es temerario
 atacar á un enemigo
 que cuenta al rey por su amigo;
 mas él por fortuna ignora
 que nuestra reina y señora
 está de acuerdo conmigo.
 Vengan acá los tratados

(Los saca.)

del francés y del inglés,
 y vayan juntos despues
 á palacio, bien cerrados.

(Mientras cierra el pliego y lo sella, sigue diciendo:)

Y estarán tan confiados
 de que cada cual alcanza
 la suspirada alianza
 en que su fortuna estriba...
 Mientras la marquesa viva
 pueden perder la esperanza. —
 Sepa el rey á no dudar
 al ver estos desengaños,
 lo que de propios y estraños
 su reino puede esperar.
 Si de mi impulso á pesar
 no sale de su apatia;
 si no enfrena la osadia
 de toda esta gente estraña...
 se hundirá la pobre España,
 pero no por culpa mia.

Ya está cerrado... esto es:
vaya á palacio al momento...
mas, me parece que siento
pasos... sí, sí...

(Guardando el pliego en uno de los cajones de la mesa.)
Hasta despues.

ESCENA X.

LA MARQUESA. MAURICIO.

MARQUESA. ¡ Calle! ¿ vos... ¿ al fin os veo,
señor de Somodevilla...?
tomad, tomad una silla:
ya hace tiempo que os deseo,
y aunque habeis estado, si,
despacio en la capital,
vos, pariente desleal,
no os acordásteis de mi.

MAURICIO. Sí tal, de vos me acordé,
pero me atuve á razones...
volais por ciertas regiones
que yo... y en fin, me largué.
Luego, aquí en toda mi vida
dos veces solo he venido,
y esas dos veces han sido
así... como de corrida.
Porque en la corte jamas
estoy bien, y si me muevo,
pienso, señora, que llevo
dos mil demonios detras.

MARQUESA. Acostumbrado hasta ahora
á aquella vida tranquila
del campo...

MAURICIO. Pues, me aniquila
la de la corte, señora.

Ya veis, ¿ á qué era llegar
con un genio así tan hosco...
vuestro pariente aunque tosco
nunca os quiso avergonzar.

MARQUESA. ¡ Avergonzarme...! ¿ y por qué?
¿ Que penseis de esa manera...

- MAURICIO. Como aqui no hacen carrera
la franqueza y buena fé,
por eso...
- MARQUESA. Teneis razon.
- MAURICIO. ¿Que si tengo? claro está.
- MARQUESA. Pero á cualquiera honrará
vuestro noble corazon.
- MAURICIO. Ps... Marquesa, otros honores
se llevan aqui la palma:
hoy los honores del alma
se tienen por los peores.
- MARQUESA. Hay un fondo de verdad
en eso; pero, Mauricio,
hay tambien en vuestro juicio
bastante severidad.
- MAURICIO. No entremos en esa lid:
lo dicho, dicho, señora.
- ¿Mas quién os dijo que ahora
Mauricio estaba en Madrid?
- MARQUESA. ¿Acaso vos ignorais
que vuestras acciones bellas
van marcando vuestras huellas
por donde quiera que vais?
- MAURICIO. Marquesa... ¿qué estais diciendo?
¿que penseis eso de mí...!
¿yo acciones bellas aquí...?
francamente, no os entiendo.
- MARQUESA. ¡Oh...! pues todo es bien sencillo
y demostrable en verdad:
os convencereis... mirad,
¿conoceis este bolsillo?
- MAURICIO. (Lo toma.)
¡Calle... el mio...! no hay mas, no...
¿cómo está en vuestro poder?
- MARQUESA. Una infelice muger
há poco que me lo dió,
rogándome que al momento,
mi buen amigo, que os viera,
el bolsillo os devolviera
con su reconocimiento...
- MAURICIO. Señora, yo se lo dí
para que se remediara;

- con que esto ya... es cosa clara,
no me pertenece á mi.
- MARQUESA. No, no; sin duda ninguna
que ya es vuestro... ella, os lo juro,
ya salió de aquel apuro
y ha cambiado de fortuna.
- MAURICIO. (*Guardando el bolsillo.*)
Bien, me alegro: vuelva acá;
si ya de suerte cambió
no digo entonces que no,
á otro pues le servirá.
- MARQUESA. Por esto el llamaros fue,
y por brindaros sin tasa
con mi fortuna y mi casa;
pues vos y Ensenada sé
que no andais bien avenidos:
aquí mejor estareis,
y aceptando me dareis
honor y placer cumplidos.
- MAURICIO. Aunque con tanta reyerta
á veces pierdo la calma,
marquesa, con toda el alma
os agradezco la oferta.
Yo no quiero ser gravoso,
y cumpla lo que resuelvo;
nada, á mi Rioja me vuelvo
en busca de mi reposo.
Solo que en esta ocasion
vuelvo allá bien lastimado
de haber por acá encontrado
tan distinto á mi Zenon.
Mal haya el aciago día
que en Madrid puso los pies:
es ministro y es marqués...
pero... ¡quedo, lengua mía!
Que aunque me tiene enojado,
y es hijo mio el mancebo...
hablar con respeto debo
del que gobierna el Estado.
- MARQUESA. Bien haya esa rectitud,
tan noble como sincera:
¡á cuantos servir pudiera

de ejemplo vuestra virtud!

MAURICIO. Marquesa, vos, que aqui sola
tenéis dominio cumplido,
y sois y siempre habeis sido
tan franca y tan espastola,
¿no me dais algun remedio
para arrancar a Zenon
de entre esta condenacion...?

¿O, por ventura, no hay medio?

MARQUESA. Quién sabe... por ahora nada...
es imposible saber...
mas tarde pudiera ser...

PORTERO. *(Anuncia desde el fondo.)*
El marqués de la Ensenada.

MARQUESA. ¡El marqués!

MAURICIO. ¡Oiga!

MARQUESA. *(Al portero, que va á retirarse.)*
Esperad.

(A Mauricio.)

A la verdad no quisiera
que aqui el de Ensenada os viera.

MAURICIO. Ni yo...

MARQUESA. Pues bien, aqui entrad.

*(Le hace entrar por la izquierda, y seguidamente saca
el pliego de donde antes lo ocultó y se dirige al por-
tero.)*

Tomad, tomad; tiempo es;
en vuestra presteza fio,
à la reina, en nombre mio.
Decid que pase al marqués.

ESCENA XI.

LA MARQUESA. Despues ENSENADA.

Su llegada intempestiva
sin duda à entender me da
que desde esta noche es ya
la jugada decisiva.

ENSENADA. *(Sale.)* Guárdeos el cielo.

MARQUESA. Y à vos.

ENSENADA. Con desden me recibis.

MARQUESA. Parece que venis

disgustado.

- ENSENADA. Si, por Dios.
- MARQUESA. ¡Oh...! pues me pesa á fé mia,
marqués, de vuestro desvelo,
porque aquí... ¡gracias al cielo!
reina la paz, la alegría...
- ENSENADA. Sentiré, aunque de aspereza,
señora, esta noche peque,
que en guerra la paz se trueque,
y la alegría en tristeza.
- MARQUESA. ¡Ay marqués! venis fatal...
sabeis cuanto me intimida...
no me habéis por vuestra vida
con esa voz sepulcral...
- ENSENADA. Vos la ocasion habéis dado
de cometer éste esceso.
- MARQUESA. ¡Válgame Dios! ¿Todo eso,
señor ministro de Estado?
- ENSENADA. En vuestro elemento estais
cuando jugais la ironia;
mas... pensad, señora mia,
que hoy sin fruto os molestais.
- MARQUESA. ¿Qué, me hareis al fin creer
que hablais con formalidad...
- ENSENADA. Seguro, y de esa verdad
pronto os vais á convencer.
Está ya la suerte echada,
y el por qué habreis comprendido
a vuestra casa he venido
en hora tan avanzada.
- MARQUESA. No comprendo; es un error,
señor mio, en el que estais...
á no ser que aquí vengais
á llenarme de terror...
- ENSENADA. Está bien disimulado...
y á la verdad que me pesa...
mas... concluyamos, marquesa,
¿me entregais ó no el tratado?
- MARQUESA. ¡Yo...! ¿qué tratado, marqués?
Cuidado que es buen capricho...
entonces nada os ha dicho
mi señora doña Inés.

- ENSENADA. Doña Inés no importa ahora ;
del tratado estoy hablando ;
y mirad que os lo demando
por última vez , señora ,
- MARQUESA. Por última vez , aquí
me obligareis á que os diga
que habeis forjado esa intriga
para vengaros de mí .
- ENSENADA. La paz os brindé primero ;
pero sospecho , por Dios ,
que la guerra...
- MARQUESA. Si , con vos ,
marqués , la guerra prefiero .
- ENSENADA. Será de guerra mi porte ,
señora , pues lo quereis .
(Le entrega un papel.)
Veinte y cuatro horas teneis
para salir de la corte .
- MARQUESA. *(Me sobra tiempo.)* Es estraña
medida tan vengadora...
- ENSENADA. Al punto saldreis , señora ,
de los dominios de España .
- MARQUESA. Pero esto es una violencia...
permitidme que haga ver...
- ENSENADA. Imposible , es menester
que se cumpla la sentencia .

ESCENA XII.

LA MARQUESA. ENSENADA. MAURICIO , *que sale bruscamen-
te por la izquierda.*

- MAURICIO. ¿ Qué ha de cumplir... ; no señor !
- ENSENADA. ¿ Vos en esta casa estais... ?
; Ya... ! ¿ os tienen para que hagais
el papel de intercesor ?
- MARQUESA. ¡ Ensenada !
- MAURICIO. ¡ Basta ya !
Me asombra tanta malicia...
mas lo que es esta injusticia
no... ; no ha de ser !

ENSENADA.

Si será.

Nadie lo puede impedir,
que aquí, señor, no hay mas ley
que la voluntad del rey,
y yo la sabré cumplir.

MAURICIO.

Con el rey os escudais
al estender vuestras leyes;
pero tambien de los reyes
à cada paso abusais.

ENSENADA.

¡Padre!

MAURICIO.

¡Zenon!

MARQUESA.

¡Oh! cesad;

no causa à disturbios de
mi desgracia... cumpliré
con la real voluntad.

MAURICIO.

Oye, Zenon, lo que digo,
atiende à mis justas quejas:
si en libertad no la dejais,
no cuentes jamas conmigo.

ENSENADA.

Cómo ha de ser: llenareis
de duelo mi corazon;
pero estos... negocios son,
señor, que vos no entendeis.
Con mi deber he cumplido,
y de ello nada me pesa.

Veinte y cuatro horas, marquesa,
ya lo sabeis... he concluido.

(Saluda y vase.)

ESCENA XIII.

LA MARQUESA. MAURICIO.

MAURICIO.

Está bien, señor Zenon.

MARQUESA.

¡Ja! ¡ja...!

MAURICIO.

¡Qué...

MARQUESA.

No os aflijais,
pues no soy, como pensais,
tan digna de compasion.

MAURICIO.

¡Pero un destierro, decid,
tan pronto y à tierra estraña...

¡ que esto suceda en España...!

MARQUESA. ¡ Oh! no saldré de Madrid.

MAURICIO. ¿ De veras , señora mía...?

MARQUESA. Id , señor , á reposar
sin temor , que á no dudar...

mañana será otro día.

(Queda Mauricio como confundido : la marquesa se dirige á la izquierda.)

FIN DEL ACTO TERCERO.



Acto cuarto.



Salon iluminado en casa de doña Inés de Sandoval. Puerta en el fondo. Otra grande á la izquierda que da entrada á la habitacion donde se supone que hay baile. A la derecha otra mas pequeña, y en el ángulo un balcon. Mesas de juego rodeadas de varios caballeros, entre los que se verá á don Ricardo jugando: otros se pusean, entran y salen por la izquierda. Aparece doña Inés sentada en un extremo del teatro muy pensativa. Oyese algo lejuna la música del festin.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INÉS. OSORIO. DON RICARDO. CABALLEROS.

OSORIO.

¿Cómo aquí tan solitaria,
lejos del baile y la música,
está en noche de festin
la reina de la hermosura?
¿Qué es esto, mi bella prima?
Vos, que siempre á la confusa
animacion del sarao
le dais vida cual ninguna
dejando correr el chiste
con sin igual donosura,
¿tan pensativa os encuentro...
tan olvidada... tan mustia...?
¿Algun disgusto teneis?
No, nada me apesadumbra;

INÉS.

estoy un poco cansada...

OSORIO.

¿Mi hermosa prima me oculta
la causa de sus pesares...?
mi perspicacia vislumbra,
à través de su belleza,
pálidas sombras que nublan
de su transparente cielo
la calma...

INES.

¿Por Dios...! ya es mucha
sobrada exageracion...
y la lisonja me abrumba...

OSORIO.

Exageracion... lisonja...
sed con vos algo mas justa:
¿se puede, hablando de vos,
exagerar por ventura?

Ya que sois tan reservada,
permitidme que presuma
la razon que el claro brillo
de vuestros ojos enturbia.

¿Es del marqués la tardanza
la que de tal modo os turva?

INES.

Y... ¿no es sobrada razon,
con lo que ya se murmura?

OSORIO.

Ps... con efecto...

INES.

Es posible
que en medio esta baraunda
si le vencen, vaya envuelta
mi desgracia con la suya.

OSORIO.

Y ¿eso os tiene pensativa?

INES.

¿Alabo vuestra pregunta!

OSORIO.

Os diré; eso todavia

no es cosa asi tan segura...

y... vamos, aunque lo fuera,
cuestiones hay mas profundas,
prima mia... y en el mundo
todo tiene soldadura.

INES.

No os entiendo.

OSORIO.

En estos casos
jamás mi razon se ofusca,
y puedo dar un consejo
con aplomo al que me ocupa...
sí, prima, es la diplomacia

aqui de importancia suma.
 Yo la profeso: es la ciencia
 que mas el ingenio aguza,
 y de ella saco partido
 en la ocasion oportuna...
 Ya veis; me he dicho esta noche...
 Ensenada se derrumba,
 es muy probable... pues bien:
 don Ricardo Val se anuncia
 en su lugar... aprovecho
 esta buena coyuntura.
 ¿Lo veis en aquel rincon
 con qué atencion tan profunda
 parece que mira al juego?
 pues maldito si se cura...
 Está haciendo disparates
 porque su mente fluctúa
 entre lo cierto y lo incierto
 de su elevacion futura.
 Pero yo, que estoy en todo,
 he ido alla, y una por una
 he alabado sus jugadas,
 he soltado cuatro pullas
 alusivas, palpitantes...
 se ha reído, y luego... en suma,
 ya me teneis preparado
 para todo cuanto ocurra.
 Sí, sí... pero es menester
 para eso tanta frescura...
 ¡Callad...! la cosa mas facil
 que hay en la tierra... ¿quien duda
 que esto es lo mas conveniente?
 ¡Astucia, primita, astucia...!
 Si estas gentes asi os ven,
 ya sabeis cuanto murmuran,
 y os contarán como victima...
 ¡nada...! que jamas descubran
 el flaco; haced lo que yo,
 mostraos alegre cual nunca.
 Volved al salon: dad pábulo
 á la animacion, la bulla;
 cuatro anécdotas picantes,

INES.

OSORIO.

y así con tono de zumba,
y de este modo vereis
cómo todos se deslumbran.
Si se sostiene Ensenada,
nada perdeis; si no triunfa,
teneis eso adelantado
con el que le sustituya.

INÉS.

(Se levanta.)

Veremos; vuelvo al salón...

OSORIO.

¡Eso...! con planta segura
tomad la senda que os trazo,
que yo haré que ella os conduzca
al verdadero camino
de la gloria y la fortuna.

INÉS.

(Con ironía.)

No dudo, primo, alcanzarlas
contando con vuestra ayuda...

(Salen por el fondo Inclán y Quiñones.)

ESCENA II.

DOÑA INÉS. OSORIO. INCLÁN. QUIÑONES. DON RICARDO.
CABALLEROS.

OSORIO.

¡Hola...! ¡qué á tiempo... llegad.

(A Inés.)

Permitidme que me tome
la libertad, prima mía,
de presentaros...

(Saludan los dos á doña Inés.)

INÉS.

Señores...

OSORIO.

Mis amigos, don Miguel
Inclán y don Juan Quiñones.

QUIÑONES

Que há tiempo, hermosa señora,
aunque ello mucho les honre,
que se cuentan entre el número
de vuestros admiradores...

INÉS.

Vuestra galante finura
de quiénes sois me responde.
Celebraré que en mi casa,
y especialmente esta noche,
encontréis todo el obsequio

INCLAN.

à que sois tan acreedores.
Es difícil, doña Inés,
que mas obsequio ambicionen
los que una vez tan de cerca
hablaros y oiros logren.

INÉS.

La lisonja os agradezco ;
mas , permitidme que torne
al salon, donde me esperan.

INCLAN.

QUIÑONES.

} Señora...

(Vase doña Inés por la izquierda.)

ESCENA III.

DON RICARDO. OSORIO. INCLAN. QUIÑONES. CABALLEROS.

QUIÑONES.

¡ Qué linda jóven !

INCLAN.

¡ Oh...! mucho ; y amabilísima.

OSORIO.

Linda y amable , conformes.

Y vosotros los galanes

mas pulidos de la corte.

Pero sepamos , ¿ qué hay ?

QUIÑONES.

¿ No habeis salido ?

OSORIO.

¡ Demontre !

no pude ; estoy con mi prima

haciendo aqui los honores ,

de modo que hasta despues

que la casa desalojen

las damas , es imposible ,

tengo que estar a sus órdenes.

QUIÑONES.

Sospecho que se prepara

algun formidable golpe...

OSORIO.

¿ De veras... ?

INCLAN.

Si , amigo mio ;

hay fermentacion... rumores...

OSORIO.

¡ Rumores... fermentacion... !

QUIÑONES.

¡ Patrullas... !

INCLAN.

¡ Grupos !

OSORIO.

Entonces...

ya no hay lugar à la duda ;

la cosa marcha à galope...

¿ Qué hace el ministro ?

QUIÑONES. No sé :
 INCLAN. Corren diferentes voces...
 QUIÑONES. Unos dicen que en palacio
 aun está en el pleno goce
 de su autoridad...
 INCLAN. Mas otros
 aseguran que se esconde...
 OSORIO. Pero ¿lo cierto...
 QUIÑONES. Se ignora.
 INCLAN. Cargado está el horizonte...
 OSORIO. ¿Con que esto es otro Babel?
 QUIÑONES. Cabal.
 INCLAN. Estamos acordes.
(Siguen hablando aparte, y sale Keen por el fondo.)

ESCENA IV.

DON RICARDO. KEEN. OSORIO. QUIÑONES. INCLAN. CABALLEROS.

RICARDO. *(Levantándose.)*
 Perdonad, señor marqués,
 si no contesto á la carga ;
 pero la noche es bien larga
 y os reto para despues.
*(Viénesse al encuentro de Keen : los caballeros van de-
 jando poco á poco las mesas, y se retiran por la iz-
 quierda.)*

KEEN. Ya hace tiempo que os aguardo...
 Vamos, ¿qué hay de ministerio ?
 Nada ; hasta ahora es un misterio
 para todos, don Ricardo.
 Dos horas há que salió
 del real palacio Ensenada,
 á tiempo que recatada
 en él la marquesa entró.
 Presumo que aun está allí,
 é ignoro lo que despues
 habrá pasado. ¿El marqués
 no ha venido por aquí ?
 RICARDO. No ; y doña Inés Sandoval
 da muestras de su disgusto...

KEEN.

Eso, don Ricardo, es justo,
y es tambien buena señal.

RICARDO.

Sí, buena... pero en justicia
nada nuevo me traeis...

KEEN.

Vamos, ¿y qué me dareis
por una buena noticia?

RICARDO.

¿Cómo...! ¿es tan buena?

KEEN.

Os lo juro:

por ella á entender se viene
que el ministro no se tiene
en Madrid por muy seguro.
La flor del marques se agosta...

RICARDO.

¿Pero...

KEEN.

Há poco que ha mandado
que le tengan preparado
un buen carruage de posta.

RICARDO.

Pues eso...

KEEN.

Quiere decir
que por si es destituido
pretende estar prevenido
y á todo escape salir.

RICARDO.

¿No os parece conveniente
que haga con esta ocasion
alguna demostracion
por ahí fuera nuestra gente?

KEEN.

Me han dicho que preparada
en buenos sitios está:
en breve reventará
la mina... (*Siguen aparte.*)

OSORIO.

¿Pobre Ensenada!

Os digo que si no viene,
no hay remedio, es que ha caido;
porque él aqui...

QUISONES.

Está entendido.

OSORIO.

¿Estamos?

INCLAN.

¿Qué duda tiene?

(*Siguen aparte.*)

RICARDO.

¿El destierro aun está en pie?

KEEN.

Sí, si; y enganchado un tiro...
mas si le dan de respiro
esta noche... os juro á fe...(*Siguen aparte.*)

OSORIO. Pues , caballeros , se hundió.

QUIRONES. Ya es tarde.

INCLAN. No viene ya.

RICARDO. ¡ Qué apurado que andará
el señor marqués...
(Sale Ensenada por el fondo.)

¡ Ah...!

OSORIO.

¡ Oh...!
(Todos le saludan , y sale doña Inés por la izquierda.)

ESCENA V.

DOÑA INÉS. ENSENADA. DON RICARDO. KEEN. OSORIO. QUI-
RONES. INCLAN.

INÉS. ¡ Gracias a Dios!

ENSENADA. ¡ Qué! Señora ,
¿ por ventura se creía
que Ensenada no vendría
a saludaros? La hora
pienso que es...

INÉS. Muy oportuna...
(Siguen aparte.)

KEEN. (Contestando á una mirada de don Ricardo,
y encogiéndose de hombros.)

No lo entiendo: algun capricho
de la suerte.

OSORIO. (A sus amigos.) Nada he dicho.
Golpes de azar y fortuna.
(Se retiran por la izquierda.)

KEEN. Dejadlo con doña Inés ;
que no goce en la sorpresa...
al salon...

RICARDO. Esa marquesa...

KEEN. Ya nos veremos despues.

(Vase por la izquierda don Ricardo y Keen por el fondo.)

ESCENA VI.

DOÑA INÉS. ENSENADA.

ENSENADA. No sé lo que noto aqui...

- tal vez será una manía ;
mas creo , señora mia ,
que todos huyen de mi .
- INES. Puede ser figuracion...
Y ¿ qué le importa á Encenada...
- ENSENADA. Si , cierto ; bien poco... nada.
- INES. Vamos , venid al salon.
- ENSENADA. No , doña Inés , perdonad :
prefiero mas á este lado
estar con vos apartado ,
que entre la alta sociedad...
- INES. Pues bien , tomaremos sillas...
si tal llegue á proponeros ,
fue , marques , para que al veros
cesaran ciertas hablillas...
- ENSENADA. ¿ Hola...! ¿ hablillas por aqui ?
Celebro en el alma... vamos ,
sentémonos , y sepamos
qué es lo que dicen de mi .
- INES. Algunos que os quieren mal
han circulado rumores...
- MAURICIO. ¿ Tal vez los que mas favores
me deben...? es natural.
- INES. Siniestras voces corrian...
y hay algunos que han creido
que estabais hasta escondido ,
y como entrar no os veian...
- ENSENADA. Pues , ya por tierra miraban
postrada mi omnipotencia ,
y con placer en mi ausencia
la derrota celebraban .
Son crueles desengaños
que aqui el corazon devora...
mas no sé por qué , señora ,
hoy me parecen estraños .
Pues tanta amarga verdad
en poco tiempo he sabido ,
que en dos horas he vivido
por toda una eternidad .
- INES. Verdades son , que á mi ver
no os deben dar pena alguna ,
pues conservais , por fortuna ,

en vuestra mano el poder.

ENSENADA. Teneis razon, Inés bella,
yo les haré confesar
que aun no han logrado eclipsar
la clara luz de mi estrella.

INES. ¿Y la marquesa, decid,
para el destierro salió?

ENSENADA. ¿Para su destierro? no;
pero saldrá de Madrid.

INES. Perdonad que haga presente
á Ensenada este descuido;
mas, no hay duda que habeis sido
con ella asaz indulgente.

ENSENADA. Todo al contrario, señora;
y á aseguráros me atrevo,
que á ese paso es el que debo
la fermentacion de ahora. —
Por complaceros á vos
con ligereza le di;
mas se alzaron contra mi
cien enemigos en pós.
Y ya su exigencia es tal
que no hay nada que les cuadre...
en fin, hasta con mi padre
he venido á quedar mal.

INES. ¿Tambien?

ENSENADA. Si, como os lo digo:
quiso oponérseme á todo,
y se enojó de tal modo
que es mi mayor enemigo.

INES. Por lo que hace á la marquesa,
os dije que convenia
desplegar suma energia,
y por cierto, no me pesa,
aunque tacheis de crueldad
el consejo que os he dado,
pues el tiempo ha demostrado
su mucha oportunidad.

(Rumor exterior que va creciendo con rapidez.)

Un buen golpe y de repente
presumo que es lo mejor...
mas... ¿no ois... ; ese rumor...

ENSENADA. En la calle.

INES. (Dirigiéndose al balcon.)

¡A qué esta gente...

(Abre el balcon, y al asomarse á él, tres ó cuatro voces á un tiempo dan el grito, que repiten otras muchas, de)

¡Muera Ensenada!

INES. (Cerrando el balcon prontamente.)

¡Dios mio!

¡qué es esto...!

ENSENADA. (Con indiferencia.) Nada, señora:

los descontentos, que ahora van gritando á su albedrio.

INES.

¡Con esa tranquilidad lo decis...!

ENSENADA.

Y ¡qué quereis...

Iré sobre ellos...

INES.

¡Qué haceis!

¡Deteneos...!

ENSENADA.

Perdonad:

vereis que no es nada al fin...

INES.

Pero es espuesto de noche...

haré que os lleven el coche á la puerta del jardin.

Seguid á lo largo el muro

y no camineis despacio:

de esta manera á palacio podreis llegar mas seguro.

ENSENADA.

Señora, no es menester tomar tantas precauciones...

INES.

Evitar las ocasiones

conviene... dejadme hacer... —

(Vase por el fondo.)

ESCENA VII.

ENSENADA.

(Vuclven á oirse á mas distancia los gritos de muera Ensenada.)

¡Oh...! grita, pueblo infeliz,

y acepta la servidumbre

del traidor que hoy te acaricia

para que á triunfar le ayudes...
 y mañana cuando toque
 la anhelada escelsa cumbre...
 el dogal á la garganta
 te ajustará...

(Vuelven á oirse los gritos á lo lejos.)

¡Ruge... ruge...!

en vano tus alaridos
 por los aires se difunden ;
 no esperes, no, que el marqués
 al escucharlos se turbe.
 « Muera Ensenada... » ¡ cuán pronto
 los trabajos mas ilustres
 y los afanes mas puros
 la ingratitude los destruye,
 y fama y pompa en la nada
 se precipitan y hunden !
 ¿ Quién pensara que al que ayer
 se ensalzaba hasta las nubes,
 hoy le amagara de muerte
 la agitada muchedumbre ?
 ¡ Necio de aquel que en sus hechos
 sus esperanzas hoy funde !
 Todo aqui desaparece,
 todo se olvida y sucumbe.
 Pues bueno : yo les haré
 que con mas razon murmuren,
 y que esta noche funesta
 recuerden con pesadumbre.

*(Se dispone para salir, á tiempo que entra por el fondo
 Gutierrez con un pliego en la mano.)*

ESCENA VIII.

ENSENADA. GUTIERREZ.

GUTIERREZ. Señor... señor...

ENSENADA.

GUTIERREZ.

¿ Qué hay, Gutierrez?

¡ A Dios gracias que os encuentro...!

A casa con suma urgencia
 os han llevado este pliego,
 y por si acaso os importa,
 atravesando mil riesgos

logro llegar hasta vos...
ENSENADA. Dame acá... lo que es comprendo.

(Lo abre y lee.)

Del rey... se me destituye
de mis honores y empleo...
¡Oh...! ¡muy bien...! ¿Se me abandona
en tan criticos momentos,
como si fuera un malvado,
à las violencias del pueblo...?
¿Este pago mereci
despues de dejar el reino
como nunca floreciente...?
¡ Otro desengaño nuevo!
Gutierrez... ¿ está la silla?

GUTIERREZ. Donde dejásteis dispuesto.

ENSENADA. ¿ Quieres seguirme?

GUTIERREZ.

Señor...

aunque fuera hasta el infierno;
pero no salgais ahora,
porque pereceis de cierto.
Gritando à la desbandada
va por las calles corriendo
la irritada multitud,
y si os hallara...

ENSENADA.

No espero...

à la puente de Segovia
haz que lleven al momento
la silla, y à ver si puedes
lograr que se oculten dentro
mis papeles...

GUTIERREZ.

Bien, señor;

mas que será tarde creo,
porque os iban à asaltar
la casa los descontentos.

ENSENADA.

Puede ser que todavia
esté libre...

GUTIERREZ.

Os obedezco.

ESCENA IX.

ENSENADA. *Despues* DOÑA INÉS.

ENSENADA. ¿ Tambien asaltar mi casa...

tolerar estos excesos...?
 ¡Estoy ¡vive Dios...! tentado
 de ir allá y ponerle fuego!
 Vengarse mis enemigos
 quieren de mí por completo...
 mas no les dare ocasion,
 no lograrán sus deseos.
 Si, si: á lejanos países:
 aqui es crimen el talento:
 el mas audaz é ignorante
 vence al fin... ¡oh...! ¡me avergüenzo...
 (Sale.) ¡Ensenada!

INÉS.

ENSENADA.

INÉS.

¡Vos, señora?

Ya de esta calle bien lejos
 los revoltosos estan.
 Con gran sigilo he dispuesto
 que á la puerta del jardin
 os lleven el coche...

ENSENADA.

Aprecio,

doña Inés, vuestros afaes
 y cariñoso desvelo.

INÉS.

Id, no tardeis...

ENSENADA.

Si, señora;

mas permitidme primero
 que en vuestra camara escriba
 á mi padre...

INÉS.

¡Oh! no, no apruebo
 que asi os detengais; mostraos
 antes que todo severo,
 y reprimid la asonada
 con mano fuerte, de hierro...

ENSENADA.

Doña Inés de Sandoval...
 escelente es el consejo,
 pero inútil...

INÉS.

¡Qué!

ENSENADA.

Leed,

y vereis que ya no es tiempo.

(Le entrega el decreto de su destitucion, y vuse por la
 derecha.)

ESCENA X.

DOÑA INÉS. *Después OSORIO y DON RICARDO.*

INÉS. ¡Ya no es ministro! ¡ay de mí!
 si el populacho frenético
 sospecha que está en mi casa
 la allanará al punto... ¡cielos!
 no hay que dudar... es preciso
 que de ella salga al momento...
*(Va á dirigirse á la derecha, y se detiene al ver salir
 por la izquierda á Osorio y á don Ricardo.)*
 ¡Ah!

OSORIO. Os digo, señor, que sois
 de los hombres mas traviesos
 que he conocido...

INÉS. *(Ese hombre
 me puede salvar...)*

OSORIO. Os ruego
 que acepteis el parabien
 mas cordial...

RICARDO. Os lo agradezco;
 pero aun es anticipado.

OSORIO. ¿Anticipado? sabemos
 mi prima y yo grandes cosas,
 porque os somos muy afectos.

RICARDO. Y me honrais sobre manera.

OSORIO. *(Bajo á doña Inés.)*

Primita, á ganar terreno.

RICARDO. ¿Se ha retirado Ensenada?

INÉS. En mi cámara escribiendo
 le encontrareis.

RICARDO. Mala noche
 le estan dando.

OSORIO. Con efecto;
 pero eso era de esperar,
 yo me lo estaba temiendo...
 y no sé cómo hasta ahora
 se ha estado tranquilo el pueblo...

RICARDO. Furioso dicen que está.

OSORIO. Irritadísimo...

RICARDO.

Temo
que si dan con el marqués...

OSORIO.

¡Oh! lo arrastran...

RICARDO.

(Procuremos
detenerle aqui...) Es probable,
ó asi yo lo juzgo al menos,
que aunque lleguen á saber
que Ensenada está aqui dentro,
el sagrado de esta casa
logre imponerles respeto.

OSORIO.

Si, pero eso es inseguro...
¿quién sabe en un caso estremo...

INÉS.

estais muy comprometida,
bella Inés, os lo prevengo...

¿Y qué he podido yo hacer?

En mi casa estaba á tiempo
que la asonada estalló...

nadie pudo preveerlo...

Esto no es favorecer
su causa, y en prueba de ello

le rogaré que me evite
disgustos y allanamientos...

RICARDO.

Asuntos, señora, son
en que mezclarme no debo.

(Hablan aparte doña Inés y Osorio, y dice para sí don
Ricardo.)

Me es igual: si aqui se queda

á mis órdenes le tengo:

si sale, los conjurados

lograrán cortarle el vuelo.

(Sale Keen por el fondo; se reune con don Ricardo; mien-
tras siguen hablando aparte doña Inés y Osorio.)

ESCENA XI.

DOÑA INÉS. OSORIO. DON RICARDO. KEEN.

KEEN. Don Ricardo, ya sabreis... (Le dice al oido
algunas palabras.)

RICARDO.

¡Con que se hundió...! ¡bien...! ¡soberbio...!
pero, ¿y yo?

KEEN.

Dentro de poco
recibireis el decreto...

RICARDO.

¿Seguro?

KEEN.

Por muy seguro
se cuenta en palacio.

RICARDO.

Bueno.

¿Es decir que de Ensenada
evitar la fuga puedo?

KEEN.

Quien lo duda : por de pronto
podeis remitirlo preso...

RICARDO.

Aqui sale...

KEEN.

Hagamos frente
a su arrogancia...

RICARDO.

* Ya es nuestro.

ESCENA XII.

DOÑA INÉS. ENSENADA. RICARDO. KEEN. OSORIO.

(Se detiene Ensenada en el dintel de la puerta de la derecha, y dice Keen alto á don Ricardo.)

KEEN.

Me es, señor, al elevaros
doblemente lisonjero,
ser en España el primero
que viene á felicitaros.

OSORIO.

¿Cómo...! ¿el primero...? no, no...
perdonad... antes yo aquí...

ENSENADA.

(A don Ricardo.)

¿Con que ya...

RICARDO.

Dicen que si,
su magestad se dignó...

ENSENADA.

Brillante destino os dejo :
como yo os deslumbrareis ;
pero antes de que acepteis...
miraos bien en este espejo.
Nada hagais con ligereza,
ni al favor presteis oídos...
que aqui suelen los descuidos
pagarse con la cabeza.

Vos tendreis, como el marqués,
quien la plebe os alborote,
y tambien quien os derrote
y os abandone despues.

Es cuanto os puede decir
el que al dejar su carrera,
del presente, nada espera;
mas que vos... del porvenir.

RICARDO. Aprecio vuestro consejo
como el de un hombre de Estado
sagaz y experimentado...

ENSENADA. Señor don Ricardo, os dejo
rica y fuerte sin igual
á España... (*Señalando á Keen.*) Vos lo sabeis.
A ver cómo sosteneis
el pabellon nacional.

RICARDO. Mientras pueda... no temais:
por hoy será gran virtud
aquietar la multitud
que irritada me dejais.

ENSENADA. Irritada... ¡Vive Dios!
y ¿por qué, no me decís?
¿queréis que os muestre...

(*Vuelven á oirse muy á lo lejos los gritos de la agita-
cion popular.*)

RICARDO. ¿La oís?

INÉS. ¡Aqui vendrán...! idos vos...
Aun estais á tiempo, si...
y evitadnos de este modo
que entre, arrollándolo todo,
el ciego pueblo hasta aqui.

ENSENADA. ¿Es por mi... ó por vos, Inés,
todo ese afan que mostrais?

(*Mirándola con desprecio y en ademan de retirarse.*)

RICARDO. Os comprendo... no temais
que os comprometa el marqués.
¡Teneos...! salir de aqui
no podeis...

ENSENADA. ¡No...! ¿cómo es eso?

RICARDO. Aqui en calidad de preso...

ENSENADA. ¡Yo preso...!

RICARDO. Vos preso, si.

ENSENADA. ¡Oh...! vuestra intencion adivino...
 ¡Quereis que el tumulto crezca,
 y que Ensenada perezca
 bajo el puñal asesino?
 Está bien: mas... ¡vive Dios!
 reparad lo que mandais,
 pues si tal violencia usais
 perecereis antes vos.

ESCENA XIII.

DOÑA INÉS. ENSENADA. MAURICIO. DON RICARDO. KEEN.
 OSORIO.

MAURICIO. (*Dentro.*)
 ¡Zenon...! (*Sale.*) ¡Hola...! por un tris
 hoy el pueblo te escamota...

ENSENADA. ¿A presenciar mi derrota
 alborozado venis?

MAURICIO. ¿Qué estás diciendo, Zenon?
 ¡perdido tu juicio está...!
 ¡pues qué...! ¿no conoces ya
 de tu padre el corazon?
 ¿Venir á darte que hacer?
 ¿abrirte yo mismo el hoyo...
 Vengo á prestarte mi apoyo,
 y á morir si es menester.

ENSENADA. ¡Ah...! ¡señor...! hoy por demas
 mi corazon desgarraron...
 hoy todos me abandonaron...

MAURICIO. Pero tu padre... ¡jamás!
 Nada me altera ni muda:
 cuando elevado te vi,
 la verdad te dije, sí,
 pero la verdad desnuda.
 Mas... no aflijas tu memoria;
 porque es salir del gobierno
 como salir del infierno
 para ir derecho á la gloria.
 Y anda, que pronto ¡par diez!
 en la Rioja te verás,

y allí tranquilo serás
orgullo de mi vejez.

ENSENADA.

Es mucha ventura, si...

MAURICIO.

Con que vamos, ya no hay miedo,
vente conmigo...

ENSENADA.

No puedo,
señor, estoy preso aquí.

MAURICIO.

¡Tú preso aquí... ¡Vive Dios...!

Y ¿quién lo mando... por qué?
sepamos...

RICARDO.

Yo lo mandé.

MAURICIO.

Caballero, y ¿quién sois vos...?

RICARDO.

De aquel que forma la ley,

y acatan todos, desde hoy

aquí su ministro soy.

(Sale la marquesa acompañada de sus pages, que traen
hachas de cera encendidas y se quedan en el fondo.)

ESCENA ÚLTIMA.

LA MARQUESA. DOÑA INÉS. ENSENADA. MAURICIO. DON RI-
CARDO. KEEN. OSORIO. PAGES.

MARQUESA. No hay mas ministro que el rey.

TODOS.

¡Ah...!

RICARDO.

(¡Cielos!)

KEEN.

(¿Qué es lo que oí?)

RICARDO.

Pero... ¿es posible, señora...

MARQUESA.

Cómo ha de ser... por ahora
el rey despacha por sí.

(A Keen y á don Ricardo.)

Perdisteis esta jugada;

el rey así lo ha mandado,

y sucesor se ha nombrado

(Mirando á Ensenada.)

del marqués de la Ensenada.

ENSENADA.

¡Tanta honra...!

MAURICIO.

(Mirando á don Ricardo.)

(Tómate esa.)

MARQUESA.

(A don Ricardo.)

Os acompaño en el duelo...

- RICARDO. Señora... (¡Yo soy de hielo...!)
 KEEN. (El diablo es esta marquesa.)
 MARQUESA. Querida Inés, en verdad
 que ansiaba á vuestra hermosura
 dar una prueba segura
 de mi admiracion. Tomad.
 (Le da un papel.)
 Soy muy poco olvidadiza,
 y á complaceros me apresto...
 INÉS. Pero... señora, ¿qué es esto?
 MARQUESA. Pasaportes para Suiza.
 Allí, como vos decís,
 si os es fiel vuestra memoria,
 teneis recuerdos de gloria,
 y es muy bello aquel país.
 INÉS. Pero...
 MARQUESA. Ved el pasaporte,
 yo no quiero que os priveis...
 veinte y cuatro horas teneis
 para salir de la corte.
 Vos... libre estais, Ensenada:
 vuestro retiro elegid,
 que nadie osará en Madrid
 estorbar vuestra jornada.
 Y al iros decid, señor,
 que habeis con honra hecho ver,
 que solo aqui puede ser
 el rey vuestro sucesor.
 ENSENADA. Ríndoos la justa alabanza
 á que sois tan acreedora...
 MARQUESA. ¡No...!
 ENSENADA. Muy noble sois, señora,
 muy noble... hasta en la venganza
 MAURICIO. Es verdad; tiene razon:
 vuestros pasos he seguido...
 y con gozo he comprendido
 que teneis gran corazón.
 Vos sois, marquesa, vos sola
 honra y prez de mi linage:
 no hay nadie que os aventaje
 en lo firme y española.
 Seguid por ese camino.

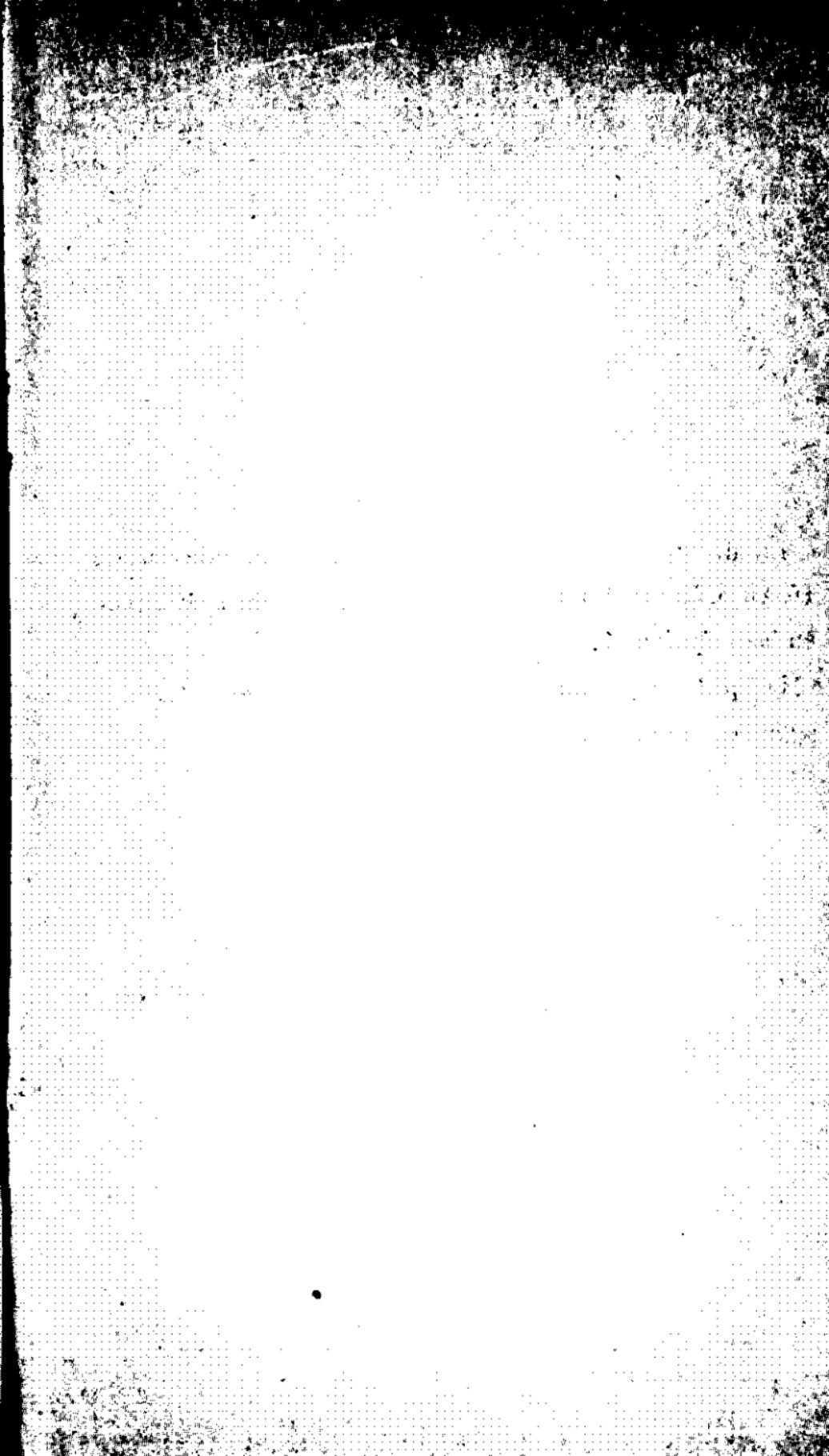
MARQUESA.

pero nunca os resbaleis,
 porque despues... ya sabeis
 que no se recobra el tino.
 Para evitar ese porte,
 tomaré vuestro consejo.
 Desde mañana me alejo
 para siempre de la corte.
 Que aqui con la fé mejor
 y en la cumbre del poder,
 es muy facil cometer
 graves errores, señor.
 No quiero bajar un dia
 al abismo despeñada,
 pues por muy asegurada
 que esté la ventura mia,
 ya en ocasion oportuna
 despacio pude observar...
 que no cesa de girar
la rueda de la fortuna.



FIN DE LA COMEDIA.





C 1